

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría de Investigación en Literatura

Mención en Escritura Creativa

1300 kilómetros

Viaje, escritura, memoria

María Gabriela Verdezoto Landívar

Tutora: Gina Alessandra Saraceni Carlini

Quito, 2023



Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, María Gabriela Verdezoto Landívar, autora del trabajo intitulado “1300 kilómetros: viaje, escritura, memoria”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Literatura, Mención en Escritura Creativa en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

10 de noviembre de 2023

A handwritten signature in blue ink that reads "Gabriela Verdezoto". The signature is written in a cursive style with a large initial 'G' and a long vertical stroke extending downwards from the end of the name.

Firma:

Resumen

1300 kilómetros, viaje, escritura y memoria es el libro que intenta salir de un diario que llevé mientras caminé, junto a mi pareja, ese número de kilómetros durante 77 días en 2014.

Nueve años, dos hijos, una pandemia, y una maestría más tarde, regreso a estas anotaciones para buscar si algo tiene sentido. Si alguna vez las historias de todos los peregrinos que compartieron sus miedos, sus penas, sus duelos, sus traumas, sus camas y sus olores, trascenderán o se quedarán escondidos en ese cuaderno rojo y cuadriculado.

¿Sirvió de algo caminar? ¿El movimiento podría darle algún ritmo al ejercicio de la reescritura nueve años más tarde? ¿Se puede dejar de mirar cómo periodista alguna vez? ¿Es que a alguien le importa las razones que mueven a otras personas a peregrinar en pleno siglo XXI?

1300 kilómetros fue la distancia en la que rozamos la libertad. Este es un ejercicio que pare envuelto en la sangre de la memoria, el archivo, la imagen, en el sufrimiento y el placer de la escritura misma. Es un círculo, una crónica de viajes, unas confesiones, un diario, una autobiografía, un relato.

Palabras clave: Compostela, diario de viajes, periodismo, literatura, crónica, mujeres viajeras, memoria, camino

A Rémy mi compañero de viaje y de vida y a nuestros hijos Louisa y Noah.
Gracias por la paciencia en las ausencias. Gracias por escuchar mil veces las mismas historias, libros, datos y relatos. Gracias por ser ese lugar seguro en el mundo.

Agradecimientos

A Gina Saraceni, directora de mi Tesis de Maestría, por el acompañamiento, por cada comentario, recomendación, por creer en el proyecto e incentivar este trabajo desde la primera clase de Poética de escritura, por ser inspiración a pesar de haber dictado la materia en medio de una pandemia, gratitud infinita.

A mi familia por el apoyo, el tiempo, la paciencia y el amor en forma de silencio en los momentos más complicados.

A la Universidad Andina Simón Bolívar por haberme otorgado una beca parcial que me permitió acceder a la Maestría en medio de un confinamiento y, a pesar de la situación mundial, salvarme, a través de los libros y la escritura.

A todos mis amigos que me alentaron en todo momento durante este viaje académico.

Tabla de contenidos

Prólogo.....	13
Escribir en movimiento: diario, cuerpo y memoria.....	18
Mochileras y locas.....	23
1300 kilómetros.....	29
Obras citadas.....	75

Prólogo

“Lo que saca a la historia de sí misma, trayéndola así al mundo, es el acto de contarla”
La vía de la narración
Alessandro Barrico

El 18 de mayo de 2014 junto a mi pareja dimos el primer paso de un camino de 1300 kilómetros de largo que une Francia con España. La ruta es conocida como el camino de Santiago de Compostela. Fueron 77 días. Cada atardecer o mientras los peregrinos de los refugios descansaban, con una linterna, en un cuaderno rojo a cuadros, marca *Calligraphe*, de 9x41 centímetros, 96 páginas y 70 gramos (los franceses son muy exigentes con los detalles métricos), escribía a mano las experiencias de ese día.

El manuscrito fue sumando páginas de historias, entrevistas, secretos, quejas, reflexiones internas y descripciones de los lugares por donde pasábamos. Esos cuadernos de anotaciones quedaron guardados por años. No sabía qué hacer con ellos.

Alessandro Barrico en su libro *La vía de la narración* (2023) me dio la clave —y la fuerza— para no botar, nueve años más tarde, junto con cientos de dibujos en exceso de mis hijos, el diario de tinta azul que escribí durante el Camino de Compostela, y esta tesis: “Una historia es el campo de energía producido en el alma de uno de nosotros por la vibración inesperada de una tesela del mundo”. Este fragmento es algo esotérico para una atea que hizo el Camino de Compostela, pero se asemeja a lo que dice Leila Guerriero en su libro *Zona de Obras*, eso de que hay una historia, un detalle, un momento, una luz en los ojos de otra persona que te produce un sobresalto, y que cuando lo sintamos: “...estarán perdidos. Y estar perdidos será su salvación”.

Barrico, luego de describir una historia como ese campo de energía parido en el alma, dice que “su génesis puede durar un instante o incubarse durante años. Su tiempo de germinación es un misterio”.

En mí, lo vivido en esos 1300 kilómetros me ha perseguido nueve años.

El 2020 la humanidad vivió una pandemia. Fueron dos años de encierro e incertidumbre. En las noches, después de hacer dormir a los niños, solo tenía ganas de volver a caminar y repasar esos kilómetros que descubrí que fue lo más cercano que estuve de la libertad.

El vagabundeo, esa capacidad de andar con los pies sin rumbo y con la mochila llena solo de curiosidad fue la que experimentamos en 2014. Pero solo logré entenderlo encerrada en una casa de 100 metros cuadrados.

David Le Breton en su Elogio del caminar dice que “caminar, en el contexto del mundo contemporáneo, podría suponer una forma de nostalgia o de resistencia” (2000, 9). Releo frases que escribí en 2014, mientras caminaba, tales como: “La mochila es un arma de destrucción masiva. Destruye prejuicios, destruye miedos, dolores, recuerdos, dependencias, consumos, barreras idiomáticas...errores”, o, “La verdadera revolución no debería ser con armas sino con mochilas”; y le doy la razón a Le Breton quien insistía en que vagabundear podría ser un anacronismo en la velocidad apresurada en la que vivimos. Y eso lo dijo en el 2000, ¿qué hubiese pensado ahora, en 2023, en la que un doble visto azul de Whatsapp sin responder por horas nos da ansiedad y; las noticias se buscan en Tiktok?

Recuerdo que con la pandemia vino una avalancha de desempleo. Tuve amigos y familia que salieron de sus trabajos notificados por Zoom. Por una pantalla los reconfinaron una segunda vez en su casa, no por salud sino por desahucio laboral. Esos días fueron los que con mi esposo más añoramos la decisión de dejar, en 2013, con 32 años, los trabajos estables para recorrer por tres años el mundo. El final de ese viaje fue el peregrinaje católico que hicimos en tanto que ateos (así de irreverente es la curiosidad). Vivir sin trabajo, nos permitió experimentar otras formas de intercambio y de mercados alternativos. Eso lo entendí, también, encerrada en esa casa de 100 metros cuadrados.

El primer año de pandemia decidí no morir, o quizá morir más lentamente a través de la inscripción en la Maestría de Literatura en la Universidad Andina. Encerrada comencé a acercarme a teorías literarias, a escritores y escrituras lejanas y actuales, a nuevos espacios de debate y a entender, o al menos, intentar entender que había toda una tradición de la escritura de viaje que casi nace al mismo tiempo que las ganas del ser humano de conquistarlo todo. Esos cuadernos no fueron escritos sin razón. O de eso quiero convencerme. De que fue una necesidad de contar, unas ganas de contar, de esas de las que hablan los cronistas.

Y me encontré con un poema de Charles Braudalaire, y con los viajes de William Borroughs, y de Pizarnik, y de Lispector, y de Rivera Garza, y de Magris, y de Durrel, y de Sabina Duque. Luego, como contra una de las paredes de mi cárcel y hogar me di con las palabras de Morábito, Zurita, Montejo, Carson, Quignard, Glück y recordé muchas otras que ya me habían susurrado en los años de universidad. Choqué de frente contra la belleza de la palabra en la crueldad como dijo Mónica Ojeda en una entrevista.

Y, escuché por Zoom a profesores y profesoras apasionadas por ese mundo que se me iba abriendo mientras sonaban en la calle las alarmas del inicio del toque de queda

por covid.

Si me preguntan por qué escogí este tema, esos 1300 kilómetros que recorrimos sin tiempo determinado, sin medirlos por día, durmiendo en galpones con otras cien personas, mezclando todos los olores humanos en el desgaste con más sinsentido que es caminar en la época del clic; fue esto y otro tanto de cosas innombradas pero que me marcaron para siempre las que me ayudaron a decidir reescribir el camino. Esta avalancha me arrastró a poner un nombre y transcribir las historias sobre otras personas que, por duelo o desamor, por ilusión o pedidos celestiales hicieron el camino de Santiago y se lo confesaron a dos ateos. Ateos que por otro lado aprendieron a persignarse. Que aprendieron a callar.

Le Breton dijo que el vagabundeo es tan poco tolerado como el silencio porque es lo contrario a la urgencia, al rendimiento a la “disponibilidad absoluta en el trabajo o para los demás” (2000, 9)). Le Breton dijo que esto ya se volvía caricaturesco con la aparición del teléfono celular. Y cuando lo dijo apenas salían al mercado esos Nokia más resistentes que las piedras. No se diga ahora que con la pandemia el trabajo remoto se volvió esclavista (lo digo porque lo he vivido) y los algoritmos nos encierran en teléfonos “inteligentes” de cientos de megapíxeles y gigas de memoria.

Ahora, por las noches, no es raro encontrarnos con mi esposo en un silencio sólo alumbrado por dos luces rectangulares que enfocan nuestras caras. El Facebook es el hasta mañana. En estos momentos, también he encontrado sentido contar lo que quizá en poco suene arqueológico: que caminamos 77 días, comimos en grandes mesas compartiendo la cena con personas de decenas de nacionalidades distintas, mirando los ojos de diferentes culturas y países y gustos y lenguas y edades y colores y dolores, con el teléfono celular apagado porque nos lo olvidábamos de prender, porque no hacía falta, porque nos quitaba tiempo, porque nos aburría.

El 5 de julio de 2014 escribí: “Un padre y un hijo japonés dicen que ellos nunca se comunicaron. Han tenido que cruzar medio planeta para caminar cientos de kilómetros y descubrirse el uno al otro”. Recuerdo a esa pareja de caminantes.

Con mi esposo pasó algo parecido. Al proponernos no poner límite de tiempo a la llegada a Compostela y a alojarnos en los albergues públicos, logramos rozar el vagabundeo que suspende ese mismo tiempo mientras nos permite aprovechar de la compañía y también la soledad que se siente al autoexiliarse de la bulla, las ciudades (de las que durante la caminata las pasamos corriendo), el tránsito. Caminar por bosques, por

prados, por miles de cientos de kilómetros de maíz, girasoles, lavanda, sí trajo calma. Una calma rara, culposa, extraña, a veces demasiado irreverente. ¿Por qué estoy caminando en vez de producir? Me pregunté muchas veces. Me sentí la hippie de la familia, del barrio, de la ciudad. Mientras otros subían a sus redes sus nuevas compras, nosotros comíamos pimientos rojos con sánduche de jamón y queso crema entre las piedras. Cuando me escribían amigos al WhatsApp a preguntarme sobre qué estoy haciendo o a “qué me dedico” no sabía qué responder, me daba vergüenza. Decir que estoy en Europa, me salvaba un poco. No fue fácil siempre sortear esa otra dimensión. Pero tuvo también sus recompensas.

“La experiencia de caminar descentra el yo y restituye el mundo, inscribiendo así de pleno al ser humano en unos límites que le recuerdan su fragilidad a la vez que su fuerza” (2000, 41)) dice David Le Breton. Esto también, lo entendí siete años después de caminar, cuando ya estaba en casa, sentada por horas, estudiando la maestría a distancia; que la pasión periodística ha estado, ahí, escondida, pero latiendo, y que el peregrinaje me permitió poner el foco en el otro, escuchar y contar las historias que pasan cada día, en todo el mundo, por millones, pero que al estar entre la opulencia y la miseria no son noticia. Eso dijo el periodista, escritor, cronista y ensayista Martín Caparrós en una entrevista con su par peruano, Joseph Zárate, mientras hablaban de su último libro publicado en 2021: *Ñamérica*, en el que recopila sus escritos desarrollados durante 30 años mientras viajó por gran parte del continente americano. Caparrós insiste que sí que hay mucho por contar sobre los millonarios, los famosos, los políticos, y que también hay miles de historias desgarradoras relacionadas con la pobreza, la marginalidad, la delincuencia pero que, entre esos extremos, hay millones de vidas que no están siendo contadas.

La crónica, que ya de por sí es un viaje, un salir de nuestro lugar de confort para entrar en un mundo nuevo, siempre nuevo, aunque sea París, es explicada así por Leila Guerriero:

Hacer crónica de viajes es un trabajo extenuante y vertiginoso: el cronista enfrentado al espacio —desmesurado—, y al tiempo —finito— de su viaje, viviendo en una patria en la que, a cada paso, debe tomar la única decisión que importa: qué mirar. No hay un decálogo del buen cronista, pero, si lo hubiera, diría que es alguien que entra a iglesias y mezquitas, en bares y cementerios, en clubes y casas, que habla poco, que escribe mucho, que lo mira todo —carteles y colegios, la gente por la calle, los perros, el clima, la comida— y que, después de mirar, hace que eso signifique: que descubre en aquello que miraron tantos, una cosa nueva; que cuenta Nueva York —París, o Tokio— como si fueran terra incógnita. (2016, 113)

Entonces recuerdo cuánto me impactó escuchar la historia de Bernard y las razones por las que en 2014 reemplazó su garaje de autos de colección por un nuevo albergue para peregrinos. Qué les motivó a caminar a esas tres personas mientras lloraban, a Benoit, a Delphin y Gerard, a Ady, y a cientos de peregrinos de cargaban sus frágiles realidades y las compartieron, llenando nuestra mochila de cristales de memoria.

En 1995, en Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer, el escritor David Foster Wallace miró en un crucero lo que miles de cientos de turistas habían visto año tras año, pero que, sumada a su mirada entrenada, su estilo irónico y su prosa le empujó a hacer descripciones como: “el barco estaba tan limpio y blanco que parecía que lo hubieran hervido. El color azul de las Antillas occidentales varía entre el azul de manta infantil y el azul fluorescente; lo mismo que el cielo. Las temperaturas eran uterinas” (2016, 474)

Foster Wallace intercala descripciones con confesiones: “He regateado baratijas con niños desnutridos. Me he mordido el labio y he rechazado hierba jamaicana de un jamaicano de verdad” (2016, 471)

Siempre me preguntaré ¿Cómo se hace para escribir así? ¿Para mirar así?

El periodista mexicano Juan Villoro en el prólogo del libro Safari Accidental trató sobre la crónica a la que llamó “el ornitorrinco de la prosa” porque

De la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos; y del teatro moderno, la forma de montarlos; del teatro grecolatino, la polifonía de testigos, los parlamentos entendidos como debate: la "voz de proscenio", como la llama Wolfe, versión narrativa de la opinión pública cuyo antecedente fue el coro griego; del ensayo, la posibilidad de argumentar y conectar saberes dispersos; de la autobiografía, el tono memorioso y la reelaboración en primera persona. El catálogo de influencias puede extenderse y precisarse hasta competir con el infinito. Usado en exceso, cualquiera de esos recursos resulta letal. La crónica es un animal cuyo equilibrio biológico depende de no ser como los siete animales distintos que podría ser. (2005) Falta referencia completa.

Con el sentido de humor característico, en ese mismo prólogo, Villoro dice que la vida está hecha de mal entendidos: “los solteros y los casados se envidian por razones tristemente imaginarias. Lo mismo ocurre con escritores y periodistas” (2006).

Escribir en movimiento: diario, cuerpo y memoria

Se escribe con los restos y no con los grandes discursos.
Ariana Harwicz (2021)

¡Queremos viajar sin vapor, sin
velas! Para alegrar el tedio de nuestras
cárceles, traigan a nuestro espíritu tenso
como una tela los recuerdos rodeados de
horizontes.
Digan, ¿qué vieron?
El
viaje (Charles
Baudelaire 1861)

Viajar, desplazarse, moverse ha implicado desde sus orígenes el caminar, andar en las rutas, abrir algunas, seguir otras; y la necesidad de escribir esos recorridos para no olvidar, para crear mitos alrededor de esas experiencias, para conquistar y hasta para autodefinirse. La escritura ha venido ligada al movimiento sabiendo que todo viaje se escribe en pasado. El desplazamiento es el intento continuo y fallido de asir el tiempo como propone Clarice Lispector en *Agua Viva*: “Fijo instantes repentinos que traen consigo su propia muerte y otros nacen; fijo los instantes de metamorfosis y su secuencia y su concomitancia son de una terrible belleza” (2020, 21)

El origen humano está en sus pies. La Historia de nuestra especie comenzó cuando fuimos bípedos. La mirada por sobre los hombros, las manos libres, un paso delante de otro. Nos volvimos viajeros. Cada paso ya no es y con él desaparece el momento. Caminar es producir recuerdos, es crear memoria. Se escribe con los pies. Se escribe con el cuerpo, es sensorial, se escribe con los y para los sentidos.

La vida se vuelve un viaje, la memoria se llena de fragmentos, de piezas juntas que nos podrían permitir rozar el pasado.

Es difícil llenar un breve libro con pensamientos de árboles.
Todo en ellos es vago, fragmentario. Hoy, por ejemplo, al escuchar el grito de un tordo negro, ya en camino a casa.
grito final de quien no guarda otro verano, comprendí que en su voz hablaba un árbol, uno de tantos
Pero no sé qué hacer con ese grito, No sé cómo anotarlo
Montejo (2014, 61)

En su poema, *Los árboles*, Eugenio Montejo se pregunta cómo ir más allá de la palabra, cómo explicar el grito de un tordo negro, y termina con la desesperación de quién intenta describir escribiendo “no sé cómo anotarlo”. Es la sensación de quien observa y

quiere contarlo. Eso sentí durante esos 1300 kilómetros.

Viajar es cargar con millones de sucesos que piden ser constelados a la manera de Walter Benjamín quien reflexionó sobre la relación entre el ser humano, la naturaleza, y las actitudes miméticas del mundo. Al caminar uno se vuelve parte del camino sin saberlo. Solo al llegar a la meta se mira atrás y muchos momentos fugaces, como estrellas, darán un sentido a lo caminado Introduce esta idea, de lo contrario queda suelta.

No sé cómo anotarlos dijo Montejo, porque en el viaje escuchamos el lenguaje del mundo antes de ser decodificado. Hay sitios remotos a los que nos pueden llevar los pies en los que están los gritos del tordo que es el de todos los tordos. ¿Cómo anotarlos?

Sin embargo, esos sonidos quieren salir, ser escuchados, detallados, narrados. Entonces, se escribe para atrás como lo plantea Gina Saraceni tan claramente en el libro de ensayo *Escribir para atrás: herencia, lengua, memoria*: Se trata de pensar el pasado como proceso que se realiza en el presente y tiene lugar en el momento de su rememoración; como experiencia actual de aquello que ya no está, el pasado como relación entre “lo memorizado y su lugar de emergencia” (Saraceni 2008, 15)

Ariana Harwicz explicó en un taller de escritura que se “escribe con los restos y no con los grandes discursos”. Viajar es no creer la verdad oficial, es atreverse a contar el mundo cuando las luces se apagan. Y esos fragmentos devienen en pedazos de luces que llegaron por las rendijas de las voces impuestas para armar con eso, una historia, un relato, más pequeño, donde el invisible tiene nombre o sonrisa.

“Cuando se nos niega una historia, se apaga una luz, (...) ¿desaparecemos nosotros también? Te estoy pidiendo que estudies la oscuridad” (Carson 2018, 34). Un viajero tiene una carga, que se vuelve una herencia y se “enfrenta con el mandato del pasado que significa ocupar el lugar del intérprete” (Saraceni 2008, 18), cuyo objetivo es no leerlo literalmente sino “reescribirlo desde la infidelidad como la mejor manera de serle fiel a la herencia” (Saraceni 2008, 19).

Viajar es ser testigo del mundo. Es difícil mantener ese secreto.

David Thoreau decía que no podría preservar su salud sino caminaba cuatro horas diarias.

Cuando a veces yo recuerdo que los mecánicos y comerciantes permanecen en sus negocios no solo la mañana sino toda la tarde también, sentados con las piernas cruzadas, varios de ellos —como si las piernas hubieran sido hechas para sentarse y no para estar de pie o caminar—yo creo que ellos merecen el crédito por no haberse suicidado hace tiempo. (2019, 19)

Eso lo dijo Henry David Thoreau en un ensayo llamado “Caminar” que se publicó

en la revista *The Atlantic Monthly* en junio de 1862. Este estadounidense fue un amante de la naturaleza, poeta y ermitaño, famoso por irse a vivir largas temporadas en los bosques alrededor de Boston mientras estaba en auge la industrialización, la rapidez, el desarrollo. Fue uno de los padres de la anarquía. “Caminante se nace, no se hace” escribió en ese ensayo. Y me siento halagada.

Caminar sin rumbo es lo más parecido a sentir la libertad, con sus alegrías y sus angustias. “Caminar, en el contexto del mundo contemporáneo, podría suponer una forma de nostalgia o resistencia” insiste David Le Breton en *Elogio del caminar* (2000, 9)

Cada vez más, caminar se vuelve una rareza. Explorar con los pies y los sentidos un espacio desconocido. Escuchar pájaros a miles de kilómetros de distancia del hogar, y sentir, a través de ese sonido, la extrañeza y el miedo. Ver ríos de colores que han sostenido guerras europeas en épocas donde América escondía los suyos de la misma espesa naturaleza y comprobar la relatividad del tiempo.

Sentir con los pies, la textura de las diferentes aceras de las diferentes metrópolis, y los pitos de los autos, y sentir las diferencias de las telas, y los diseños, y las modas, los billetes y los aromas de los campos, tan distintos como los de los cientos de café.

Viajar es un proceso salvaje y natural anterior al lenguaje. Es volver a sentirse recién nacidos. Es guardar recuerdos con el cuerpo y “reducir la inmensidad del mundo a sus proporciones” (2000,19) como lo anota Le Breton.

Anotar es escribir las cosas para decirlas, decía Marguerite Duras. Esa es la función: atrapar lo que ya no es, para darle un sentido luego, jugar con sus ruinas y construir proyecciones, o emociones, o sensaciones, más que recuerdos. Clarice Lispector decía que cuando estaba en un proyecto de escritura anotaba todo el tiempo en todos lados, día, tarde, noche, y a eso, ella lo llamaba “inspiración”.

Esas ideas que en principio parecen difusas, luego pueden ser consteladas, a la manera benjaminiana y convertirse en una especie de archivo. Archivo del olvido, de la memoria caliente, de la emoción del instante. Acopio de materiales. Fotografiar es anotar, recolectar es anotar. Y luego, armar las piezas, poner todo sobre una mesa, la mesa de disección de Cristina Rivera Garza y hacer el trabajo. Tejer, amasar, caminar, escribir.

Y la anotación es movimiento, es ese tránsito de la palabra, que está de paso, sabiendo que puede convertirse en otra cosa. Esa naturaleza inestable, líquida. Dice Marguerite Duras que “escribir es intentar saber qué escribiríamos si escribiésemos

—sólo lo sabemos después—antes, es la cuestión más peligrosa que podemos plantearnos. Pero también la más habitual”. (1993, 56)

Anotar es escribir en todos los estados de ánimo, es escritura viva. Es materia que se manipula, que se va construyendo, que tiene su proceso: la anotación puede ser el inicio de ese viaje. Porque escribir es movimiento, es un éxodo, que se mantiene en el cambio, en la transformación.

“Los peregrinos eran personas que encontraban el verbo correcto” (2020, 24) dijo Anne Carson en una de sus reflexiones del libro *Tipos de Agua. El Camino de Santiago*, cuando se lanzó a la empresa de caminar hasta llegar a Compostela.

Escribir es un músculo que, si no se usa, se atrofia. Escribir es anotar con ansiedad y otras veces con emoción. Escribir es leer, mucho y anotar lo que sale de esas lecturas. Lo mismo con el movimiento. Escribir luego de caminar por ocho o diez horas, implica un esfuerzo físico adicional. Es un trabajo manual que exige persistencia. Es un vicio. Una adicción.

Para la cronista Leila Guerriero, uno escribe “para ordenar el mundo, o para desordenarlo, o para entenderlo o porque si no lo hace le da tos, o porque, como decía Fogwill, es más fácil que evitar la sensación de sinsentido de no hacerlo” (Guerriero 2016, 91)

Un diario es la voluntad del secreto de ser descubierto.

Alejandra Pizarnik y Anne Carson son algunas de las grandes escritoras que hicieron el camino de Santiago de Compostela. Sus anotaciones han sido publicadas en ese género, el de la anotación, el de las reflexiones que llegaron con el movimiento de los pies. En ninguno de los dos casos, sus obras se pueden llamar diarios propiamente, ni tampoco crónicas, ni autobiografía. Son anotaciones que nacen de la exploración sensorial del camino:

Habrían traído la reliquia, trajeron la mano de San Pablo, plateada la mano en la blanca mano salida de una túnica roja. Pueblo aplaudiendo; mujer vieja de negro lloraba, desdentada, temblorosa, huesos crujiéndole, se abren en su cara, se abrían como flores sus ojos celestes (rojo de la sotana, plata de la reliquia), temblequeando trémula en honor de la mano pura, la mano santa, la mano que dará, o daría, o habría de haber dado. (Pizarnik 2020, 13)

Con este párrafo se abre la recopilación completa de la prosa de Alejandra Pizarnik. Fue parte de unos escritos sueltos en 15 hojas. En el caso de Anne Carson la publicación tiene un orden cronológico, cada reflexión está fechada, pero su narrativa no deja de ser el de la anotación:

Desde Burgos 3 de julio

Es un secreto a voces entre peregrinos y otros teóricos de esta vida viajera, que te vuelves adicto al horizonte. (Carson 2018, 31)

Sí. Te vuelves adicto a mirar, a caminar, a escribir. Tengo dos cartones grandes y viejos en cuya tapa está grabada, con color rojo, una palabra: “recuerdos”. En esas dos cajas están todos los detalles con los que podría reconstruir las ruinas de mi pasado. Las abrí en el último cambio de casa. Me encontré con algo que me sorprendió a pesar de que he visto lo que hay dentro por casi 30 años. Esta vez, por primera vez, me sorprendió. Son decenas de cuadernos, agendas, libretas, libretitas, diarios con candado, diarios sin candado y cientos de cartas escritas con tinta azul en hojas cuadriculadas y dobladas en varios rectángulos. No sé si soy escritora, pero sé que mi forma de no olvidar es escribiendo. Mi primer diario lo comencé a los nueve años.

A mí, la escritura y la literatura me han salvado. Literalmente. Me sostuvieron en año y medio de encierro. Me llevaron lejos de la pandemia. Me despertaron ilusiones en mitad del tedio y la desesperanza que vino con un virus invisible y mortal. El año de la pandemia, decidí estudiar Literatura.

Y comencé a escribir a pesar del miedo, gracias al miedo, por el miedo, para escapar del miedo, para crear miedo, para olvidar el miedo. Para decir todo lo que las mascarillas nos impidieron decir. Para gritar y para callar. El silencio también se escribe.

Escribir o enloquecer. Es lo mismo y son fuerzas opuestas a la vez. De esa tensión salen las obras. Caminar también es escribir. Mirar, ver donde todos ven lo que no todos miran como lo dijo el cronista Martín Caparrós.

Primo Levi en una conversación íntima con Philip Roth, confesó que nunca dejó de tomar notas del mundo y de la gente que le rodeaba debido a su intenso deseo de entender. Entender desesperadamente es lo que obliga a escribir a quienes solo podrían viajar, migrar, cambiar de tierra. Luego, la inmensa curiosidad esa que Levi acepta que lo llevó a anotar y registrar el Holocausto mientras lo sufría. Tuvo la cordura o la locura de anotarlo.

Mientras estudiaba a distancia la maestría en literatura y todo comenzaba a tener sentido, pasó algo más: mi segundo hijo dejó de lactar, casi por completo, y volví a sentir mi cuerpo. Me reencontré no solo con mi pasión sino con mi cuerpo, con el que estoy escribiendo estas líneas, el que tiembla con cada nuevo libro, con cada nuevo texto. El que teclea, ríe, llora y siente palpitations cuando, de repente, aparece una idea de cuento, crónica o ensayo.

Durante el embarazo, el parto, el post parto y la lactancia, el cuerpo no es nuestro.

El cuerpo es de la especie, de la vida, es el instrumento de la reproducción. Es el amor más material, más puro, color sangre, olor animal, sabor a dolor. Los hijos vienen y nos resetean, nos interpelan, nos revuelcan la existencia.

Parir y escribir, tienen mucho en común. Desde el instante que parimos, los hijos ya no son nuestros, igual que lo que escribimos.

Esta tesis, más que un trabajo académico es un intento de soltar, de parir por tercera vez. De lograr completar el proceso que empezó con un pequeño movimiento de pie fuera de una catedral con un cuaderno y un esfero en la mochila. Es alejar de una vez de mí, la experiencia de esas personas y las historias de quienes decidieron peregrinar en pleno siglo XXI.

Caminé para entender qué es caminar, vagabundear en plena era de la inmediatez. Escribí para intentar entender esas motivaciones, miedos, esperanzas. Escribí durante 77 días para saber si era verdad que existe un espacio donde el tiempo se detiene. Por 77 días leí y escribí caminando. La escritura se puso en movimiento, no dejó de ser a pesar de las incomodidades. Se volvió una escritura salvaje, manual, precaria, que no calló a pesar de todo. Cristina Rivera Garza dice:

Un paso y otro paso, la respiración, que oscila. El que camina retarda las cosas. Otro paso y otro; otro más. El empeine, el tarso y el metatarso. El talón. El tobillo. La planta, que es siempre la planta de los pies. El que camina insiste en mantener el cuerpo en contacto constante con la superficie de la tierra. (2017, 78)

Y es ese cuerpo en contacto con la superficie, que se mantuvo en la primigenia movilización de la especie humana, es ese cuerpo el que escribe. El que llenó dos libretas con anotaciones hechas en el momento, al calor de los encuentros, de las emociones, de los descubrimientos durante el 2014 en el camino de Santiago de Compostela. Estas impresiones ¿pueden ser contadas? Es el intento de este libro de viajes.

Mochileras y locas

Cuando se habla de “conquistadores” o de “viajeros” inmediatamente se nos vienen a la mente hombres rudos, sin camisa y con cuchillo en mano. Pero ¿Se imaginan que, en este momento, hay miles de mujeres solas descubriendo el mundo? Aunque no lo crea, hace varios siglos algunas ya se atrevieron a cambiar la cocina, los hijos y la casa por la mochila y la incertidumbre. Ahora la feminidad también es cargar la vida en una maleta; manejar una moto o –a veces al estilo Mac Gyver- un cuchillo y acampar en los lugares más inhóspitos del planeta, como los polos o la selva.

En 1842, una mujer dejó su vida tradicional –que incluía marido, casa y dos hijos- para emprender una aventura que muy pocos se atrevían a hacer. En esa época, Ida Pfeiffer, con 45 años, era prácticamente una anciana. Sin embargo, con casi nada de dinero y con todas las ganas acumuladas desde niña de tomarse el mundo con sus ojos, se despojó de todas sus pertenencias (que en ese tiempo no eran muchas, pues, la empresa de su ex marido quebró) y decidió salir sola a explorar el mundo. Dejó su Austria natal para irse hacia Medio Oriente. Para no ser mal vista, dijo a su familia –bastante alarmada con la idea de que Ida ande sola por quién sabe dónde- que era un viaje con un fuerte sentido religioso. Estuvo en Estambul, Palestina, Jerusalén, El Cairo. Un par de años más tarde publicó su diario de viajes – no tuvo mucho de religioso- y con el dinero recolectado, cargó de nuevo su mochila y fue rumbo a Islandia, Noruega y Suecia. Mientras más viajaba, más lejos quería llegar. Seis meses más tarde regresó no solo con increíbles historias que se desbordaban de su sencilla mochila, sino, además, con especies de plantas y rocas que vendió a los museos –y es que en un viaje la necesidad y la creatividad se juntan para iniciar las más inimaginables empresas-. Con el dinero recolectado esta vez fue más allá de lo que nunca había pensado en su vida. Río de Janeiro, Cabo de Hornos, Valparaíso, Tahití, Hong Kong, Singapur, Calcuta, Delhi, Bombay, Bagdad, Atenas fueron algunas de las ciudades visitadas por esta gran mujer que, no por nada, se llevó el título de la “Primera mochilera de la historia”.

¿Qué cómo son las mujeres viajeras? Parece que esa capacidad comunicativa, que nos caracteriza a las féminas, nos permite negociar y arreglar los problemas de forma diferente a la de los hombres. Como los puños y la fuerza física no siempre son nuestro fuerte, usamos otras herramientas como la persuasión y, a veces, hasta simples órdenes. Ida Pfeiffer hace dos siglos logró que unos pillos kurdos que intentaban asaltarla, al final la ayudaran a que plante su campamento; se defendió a punta de paraguas de un ladrón en Rio de Janeiro; y con lenguaje de señas convenció a un grupo de caníbales de la comunidad Batak -en Sumatra- que estaba muy vieja y que su carne no era apetitosa para ser alimento. Lo dijo con tanta gracia -la intrínseca coquetería femenina va igual con tacones o botas de caucho- que al final, todos rieron e Ida fue la primera persona en documentar la vida y las costumbres de esta comunidad.

La creatividad de una mujer se ve a leguas en una cocina –hacen con 3 productos los almuerzos más exquisitos- como en medio de una carretera cuando, a falta de transporte, aplican el autostop (más conocido como “jalar dedo”). Las mujeres andan viajando por el mundo en moto, a lomo de camello, en bicicletas, en botes, veleros y a

pie.

“Amante del deporte, me dediqué a dar clases en gimnasios por varios años, pero sentía que la vida me sabía a poco, decidí entonces hacer caso a mi voz interior, y comencé mi aventura...” Así comienza la autodescripción de Laura Martínez Calderón (www.plntat.wordpress.com), mujer española de 36 años que hasta el 2006 había viajado sola por ocho años. Conoció toda Europa sin un euro en el bolsillo -dejó su trabajo estable en un gimnasio para vender artesanías-. Estuvo además en Islas Canarias y Cabo Verde en África. De a poco su arte callejero se fue perfeccionando, y luego se dedicó a la pintura. Llegó a Asia y logró juntar algo de dinero para seguir la ruta del viento y la libertad. Pero como Cupido tiene visa permanente en todos los países y no respeta fronteras, hace varios años viaja en bicicleta junto a su compañero de amor y de vida, Aitor Iguñitz Oyarzábal, también español y quien le propuso a Laura seguir descubriendo el mundo sobre pedales. Ya han recorrido más de 30 mil kilómetros. Su hogar está en todos lados, su techo está lleno de estrellas y reciben como regalo de vida, diariamente sonrisas -la señal universal que junta a las etnias más distintas- de los rincones más recónditos del planeta. Ahora, juntos promueven la conservación del ambiente a través del uso de la bicicleta. Esta mujer, aunque seguro en algún momento tuvo miedo, se arriesgó y hasta hoy su vida es la continuidad en el cumplimiento de su sueño, conocer el mundo.

Mujeres conquistadoras de los espacios más maravillosos del planeta, y de las formas más sorprendentes hay muchas más de lo que parece. En el año 2008, Cathy Birchall dio la vuelta al mundo en moto. Junto a su marido, Bernard, estuvieron en Asia, América, Europa, Australia. Él le describía todo lo que iba observando en el camino. Ella lo imaginaba, lo olía, lo sentía. Fue la primera mujer ciega en coronar la montaña de Huayna Picchu en Machu Picchu, Perú. Su eslogan de vida es: “Ser ciega es ver el mundo de una forma diferente” (*¿cursiva en el original?*).

Porque ellas han encontrado en el viaje, no solo el placer indescriptible de conocer nuevas y diferentes formas de vida, sino una manera de eliminar sus limitaciones. Inés Grau es una joven de 24 años que padece de esclerosis múltiple —es un trastorno que ataca el sistema nervioso central, afectando en especialmente la movilidad muscular—. Le diagnosticaron la enfermedad a los 17 años. Sin embargo, esto no frenó a Inés en su camino hacia el desafiante Kilimanjaro, montaña de más de 5900 metros que fue coronada por la joven en julio del año pasado ¡Una verdadera hazaña!

Otra de las características de la mujer, que se ve intensificada cuando se la pone a

prueba, es la que tiene relación con ese instinto maternal. Somos seres que pensamos en comunidad, en conjunto, en grupo. Como materner, que es un verbo colectivo. No es casualidad que muchas viajeras al final terminen comprometidas con proyectos sociales, ecológicos, culturales. Es el caso de María de los Ángeles Carpio, española que llevaba una vida “normal”: vivió por más de 15 años en Londres, trabajando en la Bolsa de Valores. Podemos imaginar cómo era su rutina, totalmente citadina, entre edificios, cenas de trabajo, salidas nocturnas, autos, estrés -situaciones entre las que nos desenvolvemos diariamente la mayoría de nosotros-. Un día, María de los Ángeles sale de vacaciones a una pequeña excursión por el Kilimanjaro, la montaña más alta de África –y que como vemos ha inspirado a muchas mujeres-. En su recorrido fue testigo de la miseria, y de las injusticias que se vive en esa parte del mundo. Esto cambió su vida, que en 2009 dio un giro radical. Dejó su trabajo, sus comodidades y se marchó a Tanzania. Desde allí intenta luchar contra el hambre y la ablación genital. Además, trabaja con 315 viudas de Masai. Cuando las mujeres pierden a su esposo son despojadas de sus cosas, de todos sus bienes. Solas y sometidas a una pobreza extrema deben encargarse del cuidado de sus hijos, que en ocasiones son más de cinco. Esto la motivó a enfocarse en el empoderamiento de la mujer en la toma de decisiones que mejoren la calidad de vida de sus pueblos. María de los Ángeles trabaja con su fundación (www.fundacioncarpioperez.org), con la que fue nominada al XV Premio Tierno Galván, un importante reconocimiento español a la solidaridad y a los trabajos con visión social.

Ella hizo como miles de mujeres que a diario se despojan de sus pertenencias y van a recorrer el mundo como lo describiese Calle 13: “La renta, el sueldo, el trabajo en la oficina, lo cambié por las estrellas y por huertos de harina, me escapé de la rutina para pilotear mi viaje, porque el cubo en el que vivía se convirtió en paisaje. Yo era un objeto esperando a ser ceniza, un día decidí hacerle caso a la brisa (...) Así que dame la mano y vamos a recorrer el mundo”.

Y existen muchos más ejemplos de mujeres, que haciendo caso omiso al rol tradicional que se nos ha adjudicado, han decidido tejer con sus propias manos –y pies- el futuro. Han tomado la vida por el mango, y han salido de su zona de confort para conocer y experimentar las más variadas vivencias que trae un viaje.

Al leer sobre estas emprendedoras, sus historias nos motivan. ¿Quién no quisiera dejar todo y salir a la vida, o dedicarse a trabajar por los demás? Lo que las diferencia de todos nosotros, es que ellas se atrevieron y lo hicieron.

Este es un primer texto de reconocimiento a todas las mujeres viajeras y locas. Si

quieren saber más sobre féminas que se han puesto la mochila en la espalda, han dejado todo atrás y van como protagonistas de su propia vida, pueden ingresar a un blog súper interesante: www.mujeresviajertas.com. Yo seguiría nombrándolas a todas, más he decidido engrosar la lista de las desconocidas que van por el mundo con la sed de sorpresa ante tanta majestuosidad y belleza. Espero encontrarme con algunas de ustedes en el camino de Santiago de Compostela.

Quito, 2013

1300 kilómetros

La Romieau, Francia. Camino de Santiago

4 de junio

Escribo desde la incomodidad de la incertidumbre. Hemos sido víctima de un robo, mejor dicho, de un secuestro, porque nos han quitado una parte fundamental de nuestro cuerpo, de nuestro reto. No a mí, a Remy, que da lo mismo: los zapatos.

Los zapatos más viejos y desechos, acomodados a los pies sólo de él. Hay cuatro sospechosos, los únicos que han pasado por este hostel/casa de vacaciones llamado “Le bleu ciel”, casa levantada entre árboles de ciruelas, prunes d’agns.

Los sospechosos andan de a dos: un par de portugueses o un par de perros. La casa está alejada del pueblo. Llegamos acá por el intercambio. Ayer dormimos aquí a cambio de limpiar el comedor, la cocina y los baños. Ya lo hicimos, vamos a salir. Remy en chancletas, que, al estado de los zapatos robados, creo que da lo mismo.

Yo tengo un tercer sospechoso...la vida. Creo que estaba fastidiada de ver a Remy con esos zapatos viejos. No hay otra opción. No sabemos para qué cogerían tremendos vejstorios los dos chicos, y los perros no creo que sean tan intrépidos como para no dejar ni una media de rastro. ¿El crimen perruno perfecto?

Un cuadrón y todo el mundo se moviliza para la misión “zapatos de vuelta” Encontramos una pista, bueno, el hombre del cuadrón, encuentra una plantilla de zapato.

Enterrada en otro lado, una media. Ha pasado 30 minutos y nos vamos acercando a la casa del sospechoso, y, ¡ahí! ¡en su casa! ¡la otra media! ¡con las manos en la masa! No hay crimen perfecto. Ayer mientras nos convenció de su tranquilidad al echarse patas arriba, lo único que hacía, era planear el robo. Esperó que nos vayamos a dormir para llevarse esos apestosos zapatos.

El perro del vecino ¡culpable! Los zapatos se encuentran en pésimo estado, casi como los habíamos dejado, en la puerta de entrada, ayer en la noche. Un poco más rotos, nada grave. Con todo, el dueño del bandido nos dio 100 euros.

Salimos a seguir la ruta. Son las 10 de la mañana, salimos de La Romieau hacia Condoms. Un sol espectacular, canicular, intenso.

Tengo dolor de estómago. A veces me canso de mi misma.

El sol nos pellizca entre las ramas. El silencio es inmenso. Caminamos por voluntad. Ni en los momentos más difíciles podemos buscar un culpable.

Estamos a dos kilómetros de Condoms. Sí, el nombre de la ciudad es muy particular.

Empieza a oscurecer. Esos dos kilómetros parecen infinitos. El sonido de las botas chocando con la gravilla nos mantiene despiertos. Hay un momento en que olvidas que estás caminando, llegas a meditar en movimiento, te sales del cuerpo. Vuelas, sí, vuelas. Estás tan amortiguado que eres solo mente, solo pensamientos. El sonido de las botas en la gravilla te regresa al camino, a los pies, a lo fundamental.

En un árbol vemos un panel que dice. “Albergue de peregrinos. Una noche. Donativo. Refugio de Jean”. Llamamos y un hombre no dice que somos bienvenidos, que recién lo abrió. Lo hace por su hijo. Nos dio la dirección del albergue.

Vemos un funeral. Todos se levantan al salir el féretro. La vida y la muerte. Dos razones para vivir.

Llegamos, Bernard nos recibe con una gran sonrisa.

El refugio de Jean.

En estos lugares puedes dormir, a veces hasta te dan la comida, y no hay un precio por los servicios. No significa que es gratis. El lema es *toma lo que necesitas y da lo que puedas*.

En la entrada cuelga una mochila azul. Nos recibe Bernard con una gran sonrisa.

Hace un mes inauguró el albergue. En seis meses lo construyó donde antes había un largo garaje que guardaba su mejor colección de autos de carreras. Bernard es piloto profesional. También tiene una grúa -la única del pueblito de siete mil habitantes- con la que retiraba los autos que por cualquier razón se han quedado varados en las vías o que sufrieron algún accidente. Esto nos cuenta mientras nos lleva a la que será nuestra habitación esa noche.

Todo está nuevo. Cada detalle ha sido pensado en las necesidades de los peregrinos que pasamos a metros de su casa en dirección a Santiago de Compostela, a mil kilómetros de allí.

Las lámparas, las camas, las cobijas, todo es perfecto. La cocina tiene justo lo que caminantes hambrientos necesitan para, con las últimas fuerzas, preparar la cena.

Afuera, en el patio, una gran mesa de madera da un ambiente acogedor y de sincera hospitalidad. Faltan pequeños detalles como el colgadero para la ropa, que Bernard lo va acomodando mientras sigue sorprendiéndonos con su historia.

El nunca hizo *el camino*. Quizá algún día lo haga. Por ahora lo mantiene en pie el trabajo diario de abrir su puerta a desconocidos.

Hasta hace un año los baños eran una gran cava de vino.

—El dinero no es nada, el ser humano, la vida es importante —nos dice mientras pone en la mesa un tazón con frutas.

Bernard era amante de los autos, de los asientos de cuero, de la velocidad. Su hobby era coleccionar lujo en cuatro llantas. Era soberbio.

—Mi trabajo era casi como el de un doctor: Debía tener siempre a la mano el celular para acudir con la grúa.

Recuerda la última llamada. Medianoche. Accidente en la curva de entrada al pueblo. Llega con su plataforma. La policía acordonando la calle. Luces azules y rojas. Lo mismo de siempre. Casi. Al acercarse, reconoce el auto. Uno de sus bólidos. El más rápido, el más nuevo. Con su chaleco fosforescente cumple los procedimientos rutinarios de su empresa: ayudar a sacar el cuerpo sin vida del piloto. La frialdad de su trabajo se mezclaba con la desesperación animal de perder una cría.

Era padre soltero, su hijo era único. Jean murió hace un año, tenía 19. Su sueño era llegar a Compostela. Tenía lista su mochila azul.

Ahora Bernard llena sus horas de dolor atendiendo en su nuevo albergue donativo a desconocidos que solo verá por una noche.

Los caminantes, como insectos polinizadores, nos llevamos una parte de Jean en nuestros cuadernos de anotaciones, en nuestras fotos, en nuestra memoria. Así, sirviendo a peregrinos, su padre se asegura de que Jean llegue eternamente a su destino.

6 de junio

Hoy salimos de la casa de Bernard. Da ganas de abrazarlo eternamente. En el albergue conocimos a Benoit, un chico de 32 años, separado, con dos hijos de 7 y 10 años. Vive en Nante y es informático. Apoya la cultura Bio. He aquí un debate. Para mí, lo “bio” es una actitud, no una marca. Cuando el capitalismo lo tomó como símbolo, perdió su sentido y se volvió un valor de mercado.

Benoit vino con nosotros. Caminamos juntos. Encontramos a una pareja y a la hermana de ella. La primera vez los vimos en Mordeux mientras caminábamos con Teresa. Ellos saludaron, Teresa, una peregrina con quien caminamos unos días antes, se les acercó y les contó que fue enfermera y no tenía hijos. Ellos lloraron. Perdieron a su hija embarazada cuando se lanzó al río a intentar salvar a su hijo y a su esposo que se ahogaban. Terrible. Sucedió hace cuatro años. Ellos hacen el camino para superar, como para correr más rápido que la memoria, o para caminar hasta que los recuerdos se cansen. Quizá, así, duela menos. Nos ven y nos saludan, emocionados. “Gabriela y Remy”. Qué

vergüenza, y nosotros nos olvidamos sus nombres. Eso no está bien. Por eso escribo. Al final, le cuento a la mujer la historia de Bernard. A cambio, ella nos cuenta por qué jamás olvidará nuestros nombres: Su hija se llamaba Marielene. Si era varón se hubiese llamado Remy. Su hija, al morir, estaba embarazada, su hijo se iba a llamar Gabriel.

Llegamos a Montreal “ville plus belle de France”. Pas vrai. No hay como Cinq cirque Lepopie. Buscamos el plebistere, pero el pueblo lo vendió a un inglés que vive solo. Negociamos en un hostel de una portuguesa. Que no hay camas, que 15 euros por persona. Fuimos a otro hostel: completos. Preguntamos por el albergue para peregrinos, que ni vayamos, que está completo. Mentira. Después de vagar por el pueblo, regresamos al primer hostel. La alemana, Anita, nos abre la puerta. Le ofrecemos nuestros servicios. Que subamos a la habitación. Después nos ofrecerá la cena a cambio de ayudarlo a poner los platos ¡no faltaba más! Al final, la ayudamos a servir, a pasar, a lavar. Conversamos del Ecuador (esto deberían hacer los burócratas del Ministerio de Turismo). Hoy, los blogueros, los viajeros, son los embajadores de un país, y no una canción de los Beatles.

El menú se presenta delicioso: sopa con cúrcuma, fideos con suacisson, lechuga y flan. Anita me recuerda a mi abuela. Anita quiere venir al Ecuador. Vivió muchos años en España, Alicante, su hijo nació allá. Anita trabajó 27 años como agente inmobiliaria. Sabía que se venía una crisis. Migró, hizo el camino y se quedó. Vive ya tres años aquí, donde abrió este hostel para peregrinos. Muy buena onda. Su hijo se fue a Suiza, trabaja en el área financiera ¡en Suiza!

Conocimos también a Dorothea Gabrielle ¡tocaya! Va todos los veranos a Islas Canarias a trabajar en la agricultura ¡qué cantidad de mujeres solas! La fuerza femenina. También compartimos la mesa con una pareja de amigas: una californiana, maestra, nieta de aveyroneses y su amiga parisina. Hacen el camino por partes. Nos cuentan que a San Francisco llegaron migrantes de la región del Aveyron a trabajar para un francés en una fábrica de tinturas. Los aveyroneses se reunían, después del trabajo, en un bar, y con ese ritual, se mantuvo la lengua, que claro, no evolucionó. Cuando venían de visita a Francia, se daban cuenta de que su francés era antiguo.

También en la mesa hubo una pareja de franceses, él parece Woody Allen, camina con una pipa y sabe mucho de historia.

Me duele la mano de escribir, hay que acostumbrar al músculo.

Para terminar el día, recibo el mensaje de una chica. Adriana, de Ibarra, periodista, 26 años. Leyó mi post de mochileras y locas. Hace siete meses que su mamá murió en un

viaje a Bolivia. Está destrozada y me escribe un mensaje conmovedor.

7 de junio

Salimos temprano ...bueno, no tanto. A las 9h00 comenzamos la caminata. Destination: Euaze. 17 kilómetros. El sol viene fuerte. Me pone nerviosa imaginar cómo estaremos en España.

Caminamos rápido. A las 11h00 ya hemos caminado 7 kilómetros...nos creemos rápidos, nos tomamos tiempo para hacer una pausa y comer unas manzanas podridas. Ahora con Remy hacemos eso: preguntamos en las tiendas si hay cosas que se les va a dañar, y que mejor nos regalen. Funciona, algunas veces. En la “epicerie” de Montreal nos regalaron manzanas, jamón y suaccison. Así que, confiados en la rapidez y las buenas provisiones, nos dimos tiempo para parar. Todos los viejitos caminantes pasan despacio, nosotros pensamos alcanzarlos enseguida. Después de una hora de pausa, volvemos al camino. Entre conversaciones del FMI, Rafael Correa, el capitalismo y lo “bio”, llegamos a una ruta que ya no tiene la señalización típica de Compostela. Preguntamos a unos chicos que viven en una combi y nos dicen que estamos al otro lado, que nos pasamos ¡4 kilómetros! Con razón no alcanzamos a ninguno de los viejos peregrinos.

El sol está muy fuerte. Estoy enojada. No sé si caminando miles de kilómetros nos hará mejores. Lo dudo.

Vemos una vieja estación de tren convertida en casa con gallinas, cabras y burros.

Las cabras parecen perras con cuernos.

Benoit me dice que tengo buena memoria. Quisiera conocer más. No sé qué haremos al volver a Ecuador.

Un kilómetro antes de llegar al pueblo en el que dormiremos, nos encontramos con un viejo catador de Armagnac, que es uva destilada. O sea, no es vino. El vino es uva fermentada.

Hay una gran colonia francesa de origen italiano en esta región. En los Midi Pirineos, en la región de Gers.

Viñedos. Kilómetros y kilómetros de viñedos. Agricultura intensiva.

Nos encontramos con unos mexicanos que trabajan en los campos de uva. Migración.

Llegamos a un albergue donativo. La casa de Marcel y Poulin. Son bastante religiosos. Antes, Remy pidió en una panadería si tenían alimentos que fuesen a botar. La respuesta: “¡Claro! ¿cuánto pueden llevar?” 3 baguettes. Llevamos la ofrenda a la casa.

En el camino se hace mucho coach de sentimientos. Al terminar la cena (7 peregrinos: 2 daneses, 1 japonesa, 3 franceses y yo) Naika, la japonesa nos ofrece como regalo una sesión de meditación kundalini.

8 de junio

Salimos bien temprano de Eauze. A las 7h50 ya estábamos en el camino. Nos esperan 21 kilómetros para llegar a Nogaro.

Que era plano, decían. Es un trayecto agotador a 28 grados. A los 4 kilómetros hacemos una pausa. Hay una mesa con café, chocolate, te y tarta. Un donativo a la sombra.

¿por qué no parar?

Un perro llamado Itag viene a jugar con nosotros. Tiene 10 meses, perro loco. Remy juega. Lo amo por esa simpleza tan fuerte con que vive la vida. Simple y firme. Mi equilibrio. Itag se fue. Su dueño lo estaba buscando.

Decidimos que parar a los 4 kilómetros es una falta de respeto al camino. No sé qué pasó, tengo unas ganas locas de caminar. Estoy imparables. He dejado atrás a Remy y Benoit. Me fui. Me fui. Yo dirijo el paso, no el paso a mí.

Sin parar encuentro a una pareja de amigos (que se hicieron amigos en el camino). Ellos corren, van muy rápido. Yo voy con ellos. Me siento como en la San Silvestre sin meta. Bravo, lo logré. Siento que, al no parar, tuve fuerza...fue más que solo concentración.

Llegamos a una pequeña iglesia ¡aleluya! Viento y sombra. El sol muere. Un kilómetro más adelante, pararemos. Almuerzo. Sánduche de jamón y queso...sin pan. Envolvemos el queso en el jamón. Saussison y melón.

En este tipo de viajes, subir una colina y poder ver (así sea a lo lejos, lejísimos) el pueblo ...es como haber llegado. Así faltan todavía 2 kilómetros al pueblo, para nosotros, ya llegamos.

La ansiedad a la velocidad de la luz.

Llegamos, 10 euros la noche. Estamos en un gite comunal. La salle de fete del pueblo se hizo albergue. Una sala octagonal con 15 camas que cobijarán a 15 peregrinos. Primera vez que dormimos en un dormitorio tan grande. Estamos rodeados de peregrinos. Los olores se mezclan, huele a compañerismo. No sé por qué se me dio por escribir todo, todo. No sé qué me pasa. Todo me parece importante, y no sé por qué.

Entra una mujer alemana mientras escribo. Ayer ya nos la encontramos en el hostel donativo de Marcel y Andrea en Eauze. Parece de 25 años y tiene 40. Pero no

quiere que nadie sepa que tiene 40. Un hombre al lado mío, también escribe en su diario. Estamos en una mesa que hay en el centro del octágono. Todos apuntando a los escritores.

Ayer el anfitrión del donativo nos dio algunas explicaciones. Digo ¡ok, perfect! Y la alemana me aclara que no existe la perfección en la vida. Es profesora o practicante de kundalini con ejercicios para la conexión espiritual

Remy está lavando la ropa. Vino de ver un espectáculo de motos, o autos, o qué se yo.

El mejor negocio de los ricos, es la pobreza. Y eso no ha cambiado.

De este lado del charco entiendes para qué sirve el petróleo, la megaminería...eso no da riqueza a los pobres sino más poder a los ricos.

En el camino vemos hectáreas y hectáreas de viñedos. Agricultura intensiva ¿para qué? ¿para qué producir comida que se va a dañar?

Al final la tierra es seca, blancuzca. Las “zonas verdes” son campos cultivados.

En el camino de Santiago de Compostela no hay naturaleza pura.

9 de junio

Hoy nos despedimos de Mariette, su esposo y su hermana. Los amigos que cansan los recuerdos de su hija embarazada, su nieto y su yerno a cada paso.

Les regalamos una pulsera a cada uno.

¿Por qué los cuerdos son excluidos y tratados como locos?

Si alguien te recibe en su casa, sin conocerte y con una sonrisa...dudas.

Te topas con una persona buena, solidaria, y lo primero que piensas es que es un psicópata que te va a matar en la noche, o que es un loco. Nos es imposible aceptar que solo es una persona buena.

Así es la vida. Así es el camino.

El camino es una metáfora de la vida.

Caminamos 28 kilómetros. Lo pudimos, lo logramos. Pero duele, cuesta. Cada vez voy más rápido. Encontré una técnica. Seguir el ritmo de los bastones. Concentrarme en ellos...es como meditar en movimiento tac-tac. Pude no pensar, tac-tac. A veces hace bien no pensar, tac-tac. Es como reiniciar el disco duro, tac-tac. El tiempo en que las ideas se ordenan, tac-tac.

Benoit camina con unos amigos, nos separamos, sabemos que no por mucho tiempo.

Nos encontramos a la hora de comer, en un área de camping ¡perfecto! Baños,

mesas, agua, cancha de tenis.

Benoit sigue, nosotros nos quedamos un poco más atrás. Faltan 13 kilómetros para la meta del día. Comienzan a doler los dedos. Viene la ira. Con el cansancio viene la ira, mucha rabia, ira de no ir más rápido, ira de querer parar y pensar que eso es rendirse.

Llegamos a Barcelone. De hecho, 3 kilómetros antes pensamos que habíamos llegado. Cuando nos preparamos para emocionarnos, vemos un panel que decía “Barcelone 3 kms. Aire l’Ardor 5 kms”

Mientras escribo, miro un rayo. Va a llover.

Benoit tiene 2 kilómetros de adelanto y nos dice que encontró un donativo.

Hay personas que caminan 5 días con un auto que lleva sus mochilas. Diría que eso es trampa, quizá es enterrar el sentido del camino. Ahora resulta que “los peregrinos” caminan con un auto que lleva las maletas y pagan hoteles con buenas camas y desayunos fortificantes de “peregrinos”

¡El business! Entonces, los locales, que antes abrían las puertas a los caminantes, ahora desvían el camino a sus casas transformadas en hoteles.

El camino ahora es monetario. El camino no era monetario. O no tanto. O por épocas. Es verdad que, en los inicios de estas rutas, los reyes pagaban a sus empleados para que hagan el camino a su nombre y le pidan a los santos limpiar sus pecados. Los de los reyes. Los de los que no caminaron. Haciéndole trampa a dios desde tiempos inmemoriales.

Justo nuestro anfitrión habla de eso. A la base fue un camino cristiano, después fue un camino de búsqueda.

El camino es un reflejo de la sociedad.

El camino es la vida. Ser peregrino de la vida, se puede. Sin límites. Podemos controlar nuestro tiempo y nuestro espacio.

La cosa es que Benoit había encontrado (yo vengo a ofrecer mi corazón) por el camino de llegada a la ciudad de Air l’Ardor, en una de sus calles, una pequeña puerta con un coquillage y un pequeño cartel que decía “DONATIVO”.

Benoit entró en la casa y preguntó si se puede quedar. Un hombre gordo, ojos negros, pelo corto y amplia sonrisa, le dijo que sí. Benoit habló por nosotros y ¡voilà! Aquí estamos, escuchando Mercedes Sosa ¡Gracias a la vida!

Comiendo arroz con pollo, una deliciosa sopa de crevette y sorprendidos de estos encuentros.

Teo es un hombre francés de 53 años. Hizo el camino en 2012. Él dice muchas verdades como que el camino no gira alrededor del dinero.

Teo tuvo un accidente de tránsito. 2 muertos. Él ahora recibe una ayuda del Estado. Y, después de hacer el camino, se ha dedicado a acoger peregrinos.

Tiene nuestro espíritu latino: Música a alto volumen que escucha con los ojos cerrados. Dice que sus padres son argentina ella y él español. Ahora oímos a Björk.

Nunca imaginé escuchar *La maza* en medio de un pueblo perdido de Francia. O “yo vengo a ofrecer mi corazón”.

Teo así es feliz. Ahora escuchamos Aragon.

Teo canta Aragón mientras pone miel en el postre. Canta y es feliz. Será coherente, claro, justo, pero siempre raro para la sociedad.

Él hace su sopa en una pequeña olla.

Jacques Briel: Música en esta soireé francais.

La sociedad te demanda llegar, alcanzar, lograr...la meta. El camino no te pide nada.

10 de junio

Creo que hoy es el cumpleaños de mi papi. Debo escribirle. Salimos de la casa de Teo a las 8h00.

Escribo en una habitación oscura a las 22h00, en la segunda cama de una litera. El problema de llegar tarde a los albergues es que te toca la cama de arriba. Por suerte mi súper luz de e-reader me ayuda.

Entonces, a las 8h15 fui al doctor por mi alergia a no sé qué, que me produce picazón en la mano. Siempre en la izquierda. Puede ser un indicador de algo que toco (es mi mano dominante), me afecta. Es externo. Voy al médico, fábrica de salud. Más comercial que un banco, llamados, gente sentada esperando. Cada 15 minutos entran y salen pacientes de 4 puertas. 4 médicos.

Hoy nos separamos de Benoit.

Amo a Remy. El amor es palpable y pragmático. Amar tus ideales, la vida, a los otros. Sin acciones no hay amor. Él hace. Eso es todo, no habla, hace. Si no haces, si no actúas, no sirve de nada lo que digas.

El camino es una metáfora de la vida.

Hay que controlar la ira. No todos los tramos son divertidos.

Llegamos a Mominet, a un gite comunal. Una cena hermosa porque compartimos

con la gente.

Jean Paul es un francés que viene caminando desde París. Al día 11 dejó la carpa, después de dormir a cero grados y caminar con una gran mochila. Esta noche él es el ayudante de cocina.

11 de junio

La frontera agrícola en Francia se ha comido todo. La agricultura intensiva parece que estuviese matando los suelos a punta de monocultivos. La tierra está seca y me pregunto ¿para qué tanta sobreproducción?

Hoy leí en el diario de algún café de los bordes del camino sobre un parque nacional en el Congo donde hay petróleo. La compañía inglesa pensaba explotar, pero, ante tanta presión internacional y 750 mil firmas de petición, la petrolera se retiró. Hablan de que con el parque no se sale de la pobreza. Clase media no es bienestar. No es cuestión de clases, sino de especie.

Sin querer ya es 12 de junio de 2014. Decidimos quedarnos en Arzacq. Relajarnos, descansar y ver la inauguración del mundial. Dormimos en el piso de un baño. Un poco duro. Por suerte hay calefacción, tenemos ducha y baño propio. A veces “lo peor” sale mejor. Me recuerda cuando en Moissac dormimos en la sala de yoga. Al final tuvimos más privacidad que los que dormían en los dormitorios de 3 x 3 para 3 personas.

Aquí la chica responsable, con una gran sonrisa, y muy amable, nos dio hasta dos cobijas para suavizar el suelo, y no nos cobró. Ayer no nos cobró. Ahora fuimos a preguntar si nos podíamos quedar un día más y que le pagamos el precio del camping (3.50 euros), tampoco nos cobró.

Dimos un paseo por el pueblo. Nada espectacular. Sorprende que haya una residencia para jóvenes de 18 a 30 años. Una residencia para jubilados y un centro de formación. Dos farmacias, un laboratorio de prótesis dentales y un podólogo...y ¡no hay nadie! O están todos escondidos. Eso me pregunto yo: O es que son pueblos muy pequeños o es que todos se esconden. No hay niños en las calles, no hay bulla. Aquí en el albergue hay una escuela con alrededor de 18 niños de 12 y 13 años que viene a pasar unos días en este recinto vacacional. Al decir “hola, hola” todos responden “j’ecoute”.

A veces es todo muy aburrido, no hay pasión.

Leemos las noticias. Aquí se debate la eutanasia, el trabajo de alternancia. Aquí hay muchos títulos y poco trabajo.

En el camino hoy se habla de la injusticia del mundial, de las protestas de las

organizaciones sociales, de que Dilma Rousseff no va a ir al estadio para la inauguración del mundial, que ni las narices presentará, por miedo a los pifeos.

He aquí una contradicción en mi corazón. Me encanta el fútbol, el mundial, la adrenalina. Todos unidos. Datos, fechas, grupos, el encuentro entre países. Es emocionante.

Fuimos al bar local “Cafés des Arcades”, un bar deportivo. La gente se reúne a hablar, tomar cerveza. Allí fuimos (yo con la camiseta del Ecuador) cinco minutos antes de la inauguración, y ¡nada! Todos seguían con la misma parca calma. Les digo “Por dios, ya mismo inicia el primer partido”. Al final, con mucha len-ti-tud prendieron la tv y la vida continuó como si nada importante estuviese pasando. Ja, ja, ja. La gente del dormitorio de al lado no entiende qué hacemos en el piso de un baño...y con la cara de un resort.

Ayer hablé con un chileno, que viaja en bicicleta de Burgos a Suiza. Renunció al Ministerio de Vivienda para tomarse 6 meses sabáticos. Sin reloj.

Hablamos de lo mal que es que un presidente se mantenga en el poder más de tres períodos. En fin. Hoy leí un artículo de Fernando Villavicencio en el que explica el culebrón de los contratos petroleros en Ecuador. Hay que seguir caminando

13 de junio

Salimos a las 6h30 de Arzacq. Buen camino de mierda. Subidas y bajadas. Hacemos un alto en la Iglesia. Remy subió (como loco). Yo estoy aquí descansando los pies. Llegó una japonesa llamada Megumi. Hace un año vive en París, por trabajo. Pero regresa a Japón y, antes de irse, quiere ir a Compostela con ¡una amiga boliviana que por trabajo se fue a Quito!

Después de esa pausa en Larreule, seguimos por 4.5 kilómetros más, hasta llegar a Uzan. El sol pega duro. Al mediodía no se encuentra una sola sombra. El pueblo desierto. Hambre, sed y ahora, ¿dónde vamos a comer los fideos que hicimos la noche anterior?

Y, en este mismo instante, vemos un cartel en la puerta de una casa que dice “pelegrins, servez-vous, thé, café, gateaux”. Hay que entrar al patio de una casa donde hay una carpa azul. Dentro hay dos mesas frente a la puerta, con varios vasos y tazas. La mesa de la izquierda con café, agua para el té y un cooler con agua fresca. A la derecha, asientos. Afuera, tres sillas más, bajo un árbol. ¡ah! Y entre las tazas, el gateaux con nutella. Perfecto lugar para comer fideos.

La japonesa, Megumi pasó por la hospitalaria casa. Le invitamos a pasar. Sorprendida tomó agua, y siguió su camino.

Treinta minutos después, nosotros también. Faltan apenas 3.5 kilómetros para llegar a Poms.

Benoit durmió allá ayer. Nos ha dicho que el precio por dormir era de 10 euros.

Pero que, por cinco dólares, se podría dormir en la sala de deportes.

Llegamos a Poms. Gite comunal. Una gruesa mujer nos recibe con una gran sonrisa. Se llama Claire. También está aquí Megumi.

De hecho, Claire no nos recibió, ella vino después. Le dijimos nuestra situación económica y que si podríamos dormir en el coliseo. Ok, por 5 euros. Megumi dijo que ella pagaba los 10 euros, pero quiere una habitación.

Después de un momento, al guiarnos a nuestro gran dormitorio-coliseo, Claire nos dijo que debe ser feo y frío dormir allí. Que por el mismo precio nos da una habitación a los 3. El descuento fue para Megumi también. Lavadora gratis (que compartimos con Megumi). El dinner no está incluido.

Llegan otros peregrinos. Mesa para ocho. Nosotros con nuestra sopa de sobre. En nuestra mesa una pareja de Alsace: Charles, y su esposa, al fondo Dominique, junto a otro peregrino, Megumi, Remy y yo.

Compartieron su comida y su vino con nosotros.

Antes de la cena hicimos unas pulseras de macramé. Megumi pidió que les mostremos las artesanías al finalizar la cena que se dio en la mesa exterior del albergue. Una mesa de camping iluminada con el hermoso y soleado atardecer. Frente al albergue hay un gran maizal.

Por cierto, la habitación en la que escribo, en realidad es el camerino de los jugadores que se presentan en el coliseo. Lo gracioso es que, en temporada alta, acomodan camas para peregrinos hasta en estos camerinos. Entonces, duermes con vista a los percheros...o lo que es peor ¡debajo de las duchas!

En fin, la cosa es que Megumi mientras ve nuestras artesanías, se levanta e invita a los otros peregrinos a acercarse.

Aprendemos mucho de ella. Me inspira una calma sabia y una tranquilidad que da fortaleza. Con esa actitud, trajo más clientes.

Dos mujeres. Hablamos del viaje, de dejarlo todo por ir tras nuestros sueños, de la solidaridad viajera, de que con poco se puede vivir y de los intentos y beneficios de

salir del sistema de consumo.

Para esto, Silvia, una de las mujeres, me regala un medallón de Compostela. Ella es de padres españoles, de la región de Alicante. Habla español, pero no lo practica. Hace el camino en partes. El próximo año se jubila y quiere viajar más. Empezará por Irlanda.

Al terminar la charla, Megumi nos compró 2 pulseras por 4 euros. Pero el valor de su propaganda fue superior. Luego vino la segunda cliente, Joseth. Tomó unos aretes cafés y nos dio ¡10 euros!

Y luego Silvia tomó un par de aretes verdes y también nos dio ¡10 euros! ¡woooow! Es mucho. No lo esperábamos. Es que nosotros no ponemos valor a las cosas, trabajamos en el mismo sistema donativo. ...que tomen lo que les gusta y den lo que pueden.

¿Cómo agradecer tanta generosidad? La gente sorprende ¡Gracias vida, gracias!

¡Qué humildad entre tanta gente buena! Por ahora solo podemos entregar nuestras cartas de presentación y ofrecer acogida en Quito.

14 de junio

Hoy salimos a las 8h00 de Poms. No sabemos si tardar los días para ver el partido Ecuador versus Francia en Saint Jean Pie de Port o seguir hasta España. Por la motivación futbolística, sería mejor España, acá ¡no pasa nada!

Por otro lado, sería hermoso ver el partido del lado del equipo contrario. La típica infiltrada.

Salimos a las 8h00. Después del desayuno con todos. Siempre las apariencias engañan. Ayer, el grupo que parecía aburrido resultó buena onda.

Hoy caminamos 9 kilómetros. No todos los días son fáciles. Hoy es uno de esos. No sé qué hacemos acá. No le encuentro sentido a nada. Caminar por donde solo hay cultivos e iglesias

Acá a la gente no le importa nada más que sus propias vidas. Con que su confort esté completo el mundo exterior no existe, o solo existe en función de su confort.

Tanta antipatía, molesta. A veces me canso de que hablemos de la misma historia.

Somos los arriesgados, pero ¿y ellos?

Quizá la felicidad se trata justamente de olvidar el resto. Es verdad, quizá no vamos a cambiar el mundo.

Remy me da paz.

Llegamos al albergue comunal. El camino hoy en día es una ruta comercial. Los

clientes son los incautos que caminan por donde los hoteles y los municipios quieren. Las marcas y las rutas dependen de los intereses de la región. Y sentirse así de usado, molesta.

Los municipios ganan mucho dinero con esto. O sea, una “merie” de un pueblo por donde no pasa nada, de golpe pone camas en un edificio viejo y recibe 10 euros por cama por día. Negocio redondo. Sacarán una refrigeradora vieja, cocinarán fideos y una ensalada de carne y arvejas. Pan, leche, mermelada y el monto ascenderá a 25 euros por persona por noche.

Perfecto. El negocio más especulativo después del Banco Mundial. Por si fuera poco, a los pobres peregrinos (pobres en el sentido literal) por dormir en su patio su bondad capitalista hace que cobren la mínima cantidad de 5 euros por persona por noche ¡por dormir en el césped! Pero es que acá tiene un bonito nombre esta actividad: “dourmir a la bell etoile”.

Llegamos al pueblo a las 11h. El mercado del sábado, que es como el evento que despierta por unas horas la vecindad de zombies, se llena de gente. Bueno, llenar, llenar... (no he perdido las proporciones latinas).

Nos encontramos con un francés que vende hamacas peruanas, brasileñas y ecuatorianas y los famosos “panamá hat”. Importó también la labia latina. Un sombrero de Cuenca a 59 euros. Al final, hablamos de Sudamérica y nos sale comprando una pulsera argentina a donativo. Nos dio 2 euros. Sabe del negocio. Su compañera de mercado nos compró otra pulsera a 3 euros, espera bailar mejor la salsa.

Estoy nostálgica. Me falta la familia. Quisiera acurrucarme en los brazos de mi mami.

Me da miedo volver y llorar cuando escuché “no soy de aquí ni soy de allá”

Hay cosas que hay que dejar pasar “dejar pasar, dejar pasar, dejar pasar”, dice mi suegra.

Después de acomodar las maletas en la habitación, Remy teje su pulsera para el bastón mientras yo hablo con mi mami por Skype. Una señora se nos acerca y nos pide ¡seis pulseras! Colgué el Skype para ayudar a Remy. La señora muy amable tomó las seis pulseras por las que nos dio ¡40 dólares!

Hablamos de viajes. Ellos son franceses, pero viven en Alemania, el esposo de una de ellas es de allá.

La otra mujer que nos compró las pulseras nos habló de su hijo, quien fue por 4 meses al sur de África, donde la gente lo recibió con calidez y generosidad al punto que

él regresó a Francia sin maletas. Todo lo regaló.

17 de junio

El domingo en la mañana salimos de Arthez 17 kilómetros hasta Sauvelade. Remy estaba estresado porque yo estaba estresada porque no sabíamos dónde íbamos a ver el partido de Ecuador versus Suiza. Estaba molesta porque me molesta la falta de pasión. La calma. Tanta perfección, abruma. Por otro lado, creo que es sabio.

En Francia, los domingos son pueblos muertos. Asegurado. Nadie trabaja, nadie sale a las calles.

Llegamos a un pueblito entre Arthez y Sauvelade y en el periódico de un café hotel (lo único con vida) leímos que del grupo de Francia sus partidos serán transmitidos por señal abierta ¡La vie est belle! Entonces, emocionados, seguimos hasta Sauvelade donde se supone que el pueblo es más grande.

Durante el camino, con youtube escucho el “oh, oh, oh, oh, oh, oh, oh, oh”. La bandera en la espalda y en el corazón. Es que el fútbol es más que un vil negocio. Es cierto que la FIFA es una mafia, pero también es cierto que el fútbol como cultura más que como deporte, es una característica de Latinoamérica.

La cancha de tierra, las botellas de plástico transformadas en pelotas, los campeonatos barriales, empresariales, universitarios, los domingueros, las empanadas de morocho, las bielas. La Carolina en domingo, los álbumes de fotos, las mujeres futbolistas, los 6 millones de comentaristas, las apuestas, los perritos con camisetas de la selección. Todo es fútbol. Es el único lugar que sigue siendo propiedad comunal. Recuerdo cuando el profesor de la clase de Planificación Local decía que lo primero que piden los pobladores a las autoridades es una cancha de fútbol. Ese lugar, a veces, ha sido más importante que el alcantarillado. Hasta sospecho que, quizá, es una sabia decisión.

Es el lugar que une el pueblo, el barrio. Los amigos se juntan, conversan, es la única reunión social-política “no peligrosa” para el poder. Y ahí se discuten los problemas personales y comunales.

Después de 500 kilómetros a pie, por una parte, en Francia, veo con mis propios ojos lo que ha hecho la propiedad privada. Las rutas no tienen veredas. No hay lugares públicos a donde ir. Lo máximo es encontrar una mesa de camping. No puedes ponerte o sentarte “en cualquier lado”. Todo tiene dueño. No hay plazas, no hay canchas de fútbol. Los niños juegan dentro de los límites de su propiedad.

Por eso espero que siga el fútbol como centro de encuentro, de bromas, de unión.

Llegamos a Sauvelade, ¡No es un pueblo, ha sido una abadía! Un bar y hostel para peregrinos ¿por qué pasamos por aquí? Cosas de Compostela.

Vemos el partido de Ecuador. Lloro. Me emociono. Nadie entiende qué me pasa: Creo que me ven como el producto de la pobreza, del subdesarrollo. “Pobrecita, se emociona, no puede controlarse, es como un animalito”.

Al final todos se contagiaron de ese espíritu futbolero. La dueña nos regaló unas cervezas. Otros peregrinos apoyan al Ecuador. Remy se interesa un poco más.

Primer tiempo... gol de Ecuador. Salto, bailo, río ¡Feliz! Entretiempo de gloria.

Segundo tiempo, Dos minutos. Gol de Suiza. Equipo de mierda. Ecuador se bajoneó ganando.

Por Facebook putean. Que se acabe el partido. Dos minutos para terminar, segundo gol de Suiza.

Mierda. Mierda, mierda.

En Ecuador la selección se levantó en plena crisis económica y política. Son los habitantes pobres del Chota los que nos inyectaron un poco de confianza y amor propio.

Antes del 2000 nadie usaba una camiseta tricolor. Ahora es “la piel de mi país”.

En 14 años, alzamos la mirada y hablamos de *tú a tú*. Me siento producto de ese trabajo colectivo que nos hizo creer en el país. De estar orgullosos de lo que somos, de quitarnos esa ridícula idea de que “lo de afuera es mejor”.

Además. Después de este viaje, aprendí que no tenemos nada que envidiar. Mucho que aprender, sí.

Llegan al albergue dos chicos. Él entra ya con cara de “perfectijirillo”. Ella se queda afuera. Nos dan una habitación para los cuatro. Tibo y Katia (Lyon y Toulouse), una pareja joven. Alternativa, que vendió todas sus cosas y renunciaron a sus trabajos para hacer el camino y después “se verá”. Acá la hipercertidumbre, la estabilidad y la planificación de la anterior generación les rompió el coco a los jóvenes, porque todas sus dudas y cuestionamientos no entraban en su sistema hiperorganizado y bastante cuadrado.

Por eso corren, caminan, huyen.

Por otro lado, ese absoluto orden dispara a los jóvenes en direcciones diversas. Muchos reniegan de la buena calidad de vida que tienen y admiran la actitud de supervivencia de los países pobres. Hay quienes aprovechan de todas las ventajas del estructurado sistema y se echan al abandono de los juegos y las raves. Hay quienes toman la mochila y se van.

La mochila es un arma de destrucción masiva. Destruye prejuicios, destruye miedos, dolores, recuerdos, dependencias, consumos, barreras idiomáticas...errores.

La verdadera revolución no debería ser con armas sino con mochilas.

El lunes caminamos con los chicos. Todos vamos a Navareax a la casa del famoso “Alquimista”.

De él nos han dicho que es el padre de los donativos, una secta, una buena persona, un filósofo.

Tibo espera con ansias llegar y echarse a filosofar. Nos habla de la conciencia y de las puertas que se abren en nuestra cabeza con algunas drogas. De la energía vital y de que existe una conciencia colectiva. Que está comprobada. Y da un ejemplo que cree que es decisivo: un mono en una de 3 islas diferentes descubrió que, lavando un banano en el mar, la fruta sabe mejor. Los otros del grupo lo imitan, al mono número 100, la conciencia hizo que se transmita por el universo el conocimiento y en otra isla (sin internet, sin whatsapp) otro mono hiciera lo mismo ¡uf! La mente puede lograr que el conocimiento se transmita por ondas. O sea, no es que el azar hizo que otro mono llegara a descubrir el beneficio de la limpieza del agua, sino que fue un producto “cósmico”.

O sea, entonces con esa lógica, ya deberíamos todos entender el álgebra del Baldor.

Llegamos a la casa del Alquimista. Manuel nos recibe. Quiere saber de nosotros, dice que ha venido mucha gente con pulseritas en los brazos.

Comprendí que la mejor manera de ser escuchados es escuchando primero. Hablamos, reímos, tocaron la guitarra. Manuel está más claro. Él cree en su trip, pero cada uno, cada uno. Katia está clara también. Nos contó que hace 7 años están juntos, con Tibo. Que se conocieron en un juego virtual: entre ataque y ataque, se chateaban (ya los últimos meses sus avatares se quedaron más tiempo sentados que jugando mientras ellos hablaban por web cam). Decidieron verse, ella fue a Lyon ¡pum! Amor.

Ella dejó todo y se fue a vivir con él. Ahora intentan transmutarse, “elevarse” y lograr “cimentarse de luz”. Amar a la Gaia, a la pachamama. No soportan la vanidad humana de creerse más que los animales, manejan ciclos ecológicos y quieren ser “seres de luz”.

20 de junio

Estamos haciendo una pausa en una casa-granja de un pequeño pueblito del País Vasco. Estamos a 13 kilómetros de Saint Jean Pied de Port.

Aquí se habla vasco, se escribe en vasco y estamos escuchando una radio vasca.

Es la primera municipalidad en la que no hay una bandera de Francia.

Es, efectivamente, otro país. Son más extrovertidos, hablan alto, fuerte, y ríen más.

23 de junio

Llegamos a España. El cambio es enorme. Volver a hablar en la misma intensidad, aterra un poco.

El camino se ha vuelto un poco aburrido. Llegamos al siguiente pueblo. No había camas. Era el gite del municipio. 12 camas. Estábamos más. Remy y yo dormimos en una sola cama. Calor. El problema en los dormitorios son los ronquidos de los otros. Junto a nosotros había un hombre que se ahogaba, se olvidaba de respirar y volvía a la vida cada 15 segundos.

Al día siguiente caminamos 24 kilómetros hasta llegar a una casa abandonada. Mejor dicho, a una capilla mini convertida en refugio grato para peregrinos...había 3 colchones. ¡Perfecto para 6!

24 de junio

Logramos cruzar los Pirineos. 1200 metros de desnivel.

Salimos a las 7h00 de Saint Jean y a las 18h00 llegamos a Roncesvalles. Efectivamente hay una gran cantidad de turistas que salen de San Jean Pie de Port, el último pueblo francés del camino de Santiago.

Ayer salieron 350. Salen 50 mil por año. Hay japoneses, estadounidenses, latinos y muchos españoles.

Todos comienzan con sus ropas nuevas y mochilas por estrenar. Las chicas vienen pintadas las uñas.

Comienza la bulla, el barullo, los españoles hablan tanto y todo el tiempo, suben como hormigas, compiten.

Da gracia ver a Remy envuelto en esta nueva intensidad. De la fantasmagórica Francia pasar a España es como revivir entre los muertos.

Una española le habla. Luego encontramos unos mexicanos. Luego 4 españoles que se encontraron la noche anterior a la partida y se hicieron grupo.

En la noche un colombiano de hablado parece (al que ni yo le entendía mucho) se nos coló entre conversa y conversa a la cena que no era mucho: fideos y sopa de sobre.

En Roncesvalles hay un albergue con 400 camas. Es como un campo vacacional o una cárcel.

No hay dormitorios sino una tira de literas. La gente deambula sin sentido. Hay grandes cocinas, pero ni una tienda. Todos salen a comer afuera.

Bastante impersonal. 10 euros por persona por un pedazo de cama. (Fábrica de peregrinos)

A las 8h00 debemos estar afuera. Es un cambio fuerte. Son aproximadamente las 7 de la mañana y ya se escucha la bulla latina. Los españoles, los mexicanos, todos hablan.

Los alemanes, los franceses, en silencio y disciplina se arreglan para salir. Remy dice que no sabe si se acostumbrará a esta bulla.

Los españoles son duros y extrovertidos. Los latinos siempre sonríen. Siempre.

25 de junio

Estamos en Zubiri a 20 kilómetros de Pamplona.

El camino de España es enorme. Hay tiendas con el panel de Coca-Cola. Hay cartulinas en las vitrinas que promocionan “pollo con papas a 6 euros”. Los niños juegan en las calles y todos se cuentan sus vidas.

Hay tiendas abiertas hasta pasadas las 19h00 y cafés donde se transmite el fútbol.

Todos están al tanto de los partidos. El fútbol se escucha en alto volumen, lo que significa que, otra vez ¡podemos hablar gritando!

Los buses no tienen una hora fija. Las calles pequeñas no están en el mejor estado. Llegamos a Auntiz-Burguete, el pueblo donde descansaba Hemingway luego de las fiestas de San Fermín.

Al pasar por este pueblito, tres señoras conversan en el portal de la casa de una de ellas. Un hombre barría los vasos de cerveza que quedaron de la fiesta del día anterior, la fiesta del patrono de San Juan, donde se salta el fuego.

Las puertas al día siguiente se muestran guapas con una nueva ramilla de hojas de pino blancas que las protegerá por un año. El día anterior se quemaron las del año pasado.

La gente habla, conversa, interactúa. Los pueblos están vivos.

Con el viaje se pierde el glamour, eres tú en el mundo. Como dijo Ode en el camino: somos nosotros, somos transparentes porque no venimos con el coche, la ropa, ni la apariencia que guardar.

En el camino la sociedad no te presiona. Todos caminan lo mismo, sudan y se cansan igual.

Hoy decidí tomar un bus a Pamplona e ir al hospital, por una alergia.

Preguntamos a una señora que barría la pequeña entrada de un edificio si había un

bus y cómo se llamaba el hospital del Pamplona. Directamente me preguntó qué tengo, desde cuándo, todo, todo. Nos dice que en 30 minutos llegaríamos en bus a Pamplona. Por si acaso entramos a un bar a preguntar de nuevo. Dicen que en España hay que preguntar dos o tres veces alguna información porque te dicen cualquier cosa.

En el bar preguntamos lo mismo. La chica del bar nos preguntó qué tenemos, le enseñé el brazo, que quiere ver más de cerca, que desde cuándo, que qué me he puesto, que a qué soy alérgica. Luego llama a otra persona. Sale el hombre del fondo del bar, ella le explica todo, él es su jefe. Escucha con atención, luego viene otro cliente y escuchan de nuevo la historia y con el mismo ímpetu, se van.

En el bus no faltan las dos señoras que se sientan adelante, hablan alto, gritan si un auto pasa rápido, hablan, de la nada, del clima. Hablan de todo.

En el camino, dos españoles en cinco minutos, nos contaron sus problemas amorosos. Ayer un español me contó que su hermano es chef. Habla, aunque mis amigos franceses no entienden nada, él lo sabe, pero eso no frena sus frenéticas historias.

Entiendo más mis raíces. La chofer del bus grita a los parados. La sangre caliente ¡coño!

Esta noche conocimos a Irma. Presidenta de la Asociación de ecuatorianos en Pamplona. Nos invitó al “Bar-Ecuador” para ver el partido Francia-Ecuador con nuestros amigos franceses. Ella nos recibe con el corazón. Es de la provincia de Zamora, sur del Ecuador. Un caso típico de migración: vino hace 15 años. Dejó a sus dos hijos pequeños. Primero vino su marido, al año siguiente, ella. En Ecuador era funcionaria pública, con la crisis, migró. Sus hijas vinieron hace 3 y 5 años. La mayor se llama Stefani. La menor, Yadira de 16 años. Es tímida, dice que no se acopla del todo al cambio.

También conocimos a Juan Sarango y a Nancy que levantó en Pamplona el Bar-cevichería Ecuador. Nancy antes de venir (hace 13 años) trabajaba en los ceviches de la Rumiñahui, en Quito.

Aquí se van juntando, los lojanos, los costeños, los serranos. Dicen que hay como 30 mil ecuatorianos sólo en la región de Navarra.

26 de junio

Después de pasear por Pamplona, volvemos a la casa de Irma. Entramos en una frutería. Pedimos un tomate y dos guineos. Carmen, la dueña, es ecuatoriana, de Quito, Guamaní, un barrio del sur.

— ¿peregrina ecuatoriana?

—Sí.

Nos manda con 5 tomates, 6 guineos. 6 duraznos y 5 pimientos.

27 de junio.

Salimos de la casa de Irma. A los 5 kilómetros encontramos una iglesia con unos bancos para comer, al lado de un albergue. 5 euros la noche. Son las 13h00, nos quedamos. Jean y Mary Josep nos reciben. Son dos voluntarios que trabajan 15 días al año solo por el gesto de ayuda. Hacen el desayuno y reparten consejos y sonrisas. El albergue tiene 27 camas.

Lavamos la ropa a mano. Estamos cansados, no sabemos si seguir. A veces se pierde la fuerza. Delphine está cansada también. Que para qué pagar y matar el presupuesto solo para caminar y dormir. Que en España no hay ambiente. Además, me imagino, para ellos el idioma.

La tarde han pasado durmiendo los franceses. Yo escribo. No sé si exagero en hablar del Ecuador, a veces veo los periódicos de allá y me desanimo a volver. Pero lo amo a la vez.

Es la noche. Hablamos con Thierry, un belga que hace 8 años fue a Ecuador. Estuvo unos días en Quito. Por cosas de la vida se encontró con un joven huaorani que terminó en la universidad sus estudios en etnología. No tenía plata para volver a su comunidad. Negociar. Thierry le ofreció el motor y la canoa para volver a su casa a cambio de que lo llevase con él. Se quedó con la comunidad por 5 semanas. Vivían en el río Napo, a una hora del Coca.

Para Thierry esa experiencia en Ecuador le llenó de espiritualidad. Vio como el jefe de la tribu no aceptó nada de unos petroleros americanos. Él se fue lleno de esperanza. Se entristece cuando le cuento cómo está la situación actual.

28 de junio

Salimos “temprano”, 7h30. Rumbo al Puente de la Reina. Caminamos por 19 kilómetros. Hermosos pasajes. Llegamos al monte del perdón. Donde “el viento y las estrellas se juntan” Antes había aquí un hospital para peregrinos. Al subir ves toda la meseta de Pamplona, todo el camino recorrido y al otro lado, todo lo que falta por recorrer.

¿Cómo explicar lo duro y lo loco de esta experiencia?

Llegamos al Puente de la Reina, a lavar la ropa y a secar para ver si el bicho que me mandó al hospital y le picó ayer a Remy, muere de una vez.

Hay aquí 72 camas. Dormimos entre españoles, gringos, italianos, lituanos,

alemanes. Todas las noches alguien ronca.

Ya los olores, los humores, la densidad de los halos de los cuerpos se hacen normales. Ya no es raro dormir las noches con gente diferente.

1 de julio

Llegamos a Viana, venimos de los Arcos. Salimos 6 de la mañana y llegamos a las 12 pm. Día nublado, pero con un calor seco, duro. A veces me pregunto ¿qué carajo hacemos? ¿Te has preguntado por qué haces lo que haces?

De a poco, quizá, que me canso de viajar, quizá quiero mi casa, mi tv, mis gatos.

Al mismo tiempo me da miedo cansarme de eso también.

Hoy compramos en un almacén de Salomón una bolsa de agua para absorber. La chica fue muy simpática, la adoré.

Estamos durmiendo en un albergue donativo parroquial. Nos dieron una habitación para cuatro. Dormimos en colchonetas. No es tan cómodo. Veo que las misas no han innovado. Hace más de diez años que no voy a una. Vengo a España y me encuentro con que el ritual es el mismo. De memoria me repetí todo ¿Dios puede existir sin reflexión?

Para los curas debe ser aburrido repetir la misma cantinela todos los días. Deben haber perdido la pasión hace rato.

Conocemos a Tom y Gregorina. Sudafricanos. Vivieron el antes y el después del Apartheid.

Hoy también nos encontramos con dos ecuatorianos que hacen el camino en bicicleta. Salieron de Pamplona, son guayaquileños, dos Rafas, papá e hijo. El hijo va después a un kibutz en Israel.

Después de la misa comimos todos juntos: tres japoneses, dos sudafricanos, un ruso, un estoniano, cuatro franceses y dos “hopitaliere” franceses. Ese día era su primero como voluntarios. Se notó en su entusiasmo.

Todo está enlazado. Tomy y Gregorina de Sudáfrica vivieron en el Apartheid, luego hablamos de Mandela con los polacos y, justamente, estoy leyendo *Ébano* de Ryszard Kapuściński. Al final, al comentarlo, se emocionaron todos con las coincidencias.

La vida.

Al día siguiente caminamos por 18 kilómetros hasta Navarrete. Pasamos por Logroño. Llegamos a un albergue de 50 camas a 7 euros cada una. El hombre me habló de la “picarezca” (muy parecido a la viveza criolla) y que la forma de ser de los españoles

les hace desconfiados. Que hay gente que no es peregrina que quiere dormir ahí. El espíritu se ha perdido o quizá nunca lo ha habido y ha sido solo un espejismo del cansancio, un invento después de tanto buscar.

3 de julio

Salimos a las 7am de Navarra. Es gracioso dormir entre tanta gente. Ahora, por ejemplo, escribo desde una habitación de 90 camas, en literas pegadas de dos en dos. Remy y yo dormimos abajo y Gerald y Delphine arriba.

Hablamos y no sabemos ni con quien, somos una sola masa.

Dormimos entre ronquidos de desconocidos. Compartimos la comida, los cubiertos, las sábanas. Nos volvemos inmunes a la privacidad. Desde mi cama, veo a mi derecha una fila de viajeros. Junto a Remy duerme sin sleeping, ni nada, un chico alemán que antes de hacer el camino vivió 7 años en la calle. Una japonesa se pone crema. Atrás mío, arriba a la izquierda (todas son camas) hay otra joven poniéndose crema. Dos españoles hablan. Atrás a la derecha pasando las literas del medio alguien mira su celular. La cocina es de cuatro metros cuadrados. Ahí nos dimos modos para cocinar todos.

Nájera es una pequeña ciudad dividida por un río. Al salir a caminar un hombre pesca en tremendo frío.

Comemos ensalada, omelet, sandía. En la mañana, Débora, una francesa nos regaló, a Delphin y a mí, unas tobilleras artesanales que está haciendo durante el camino y las quiere vender. Todavía no lo hace porque le da vergüenza. Ha hecho liga con un italiano. Hay muchas parejas que se hacen en el camino. Son las diez de la noche. Mañana hay que salir temprano porque hay un donativo en Santo Domingo de la Calzada, pero es solo para 33 personas.

No todas son cuadradas.

No todas las camas son cuadradas, no todas las camas tienen forma. La primera, la que todos compartimos, la que a todos nos ha acunado es la amniótica: líquida, sin forma, color sangre, salada, segura. La que nos envolvió, la que respiramos con nuestros bronquios. Cama comida. Cama mundo. Cama fluidos. A la que todos quisiéramos volver y, cuyo recuerdo, nos hace ponernos en posición fetal cuando estamos tristes o adoloridos. Esa es la primera cama.

Y luego vienen miles más, ninguna tan sagrada, ninguna tan inequívoca ni fiel.

Están las más represivas, las que le siguen a las uterinas: las cunas. Las que nos enseñan a estar tras las rejas y nos dan una visibilidad entre paralelos, la que nos cuida

mientras nos limita. Las hay de todos los colores, y mientras la cerradura es más alta y maciza, mejor. Estas sí son rectangulares, sencillas, olor a inocencia, a champú de manzanilla, o susurros, a leche.

Los brazos también son camas. Cuando se entrecruzan por amor, esa tensión en nombre de la ternura es la más deliciosa de las camas. Estas mecen. Nos calman, nos hipnotizan, nos duermen, nos ablandan, nos transportan. Nos hacen olvidar lo frágiles y la nada que somos cuando empezamos este camino llamado vida. De ahí que te pida tanto. Que te ruegue por la magia de un abrazo.

Las hay redondas, las de motel. Esas son las que han escuchado las promesas más sinceras, porque se dicen sabiendo que nunca serán cumplidas. Las que han temblado con los gritos del placer, vestidas de blanco, de seda, suaves entre tanto deseo. Tan pulcras para la traición, o para el amor, o para todo a la vez. Las que no mueren en la indiferencia de la rutina de las camas matrimoniales. Las redondas no se ensucian del hastío, del agobio, de la estabilidad de la muerte, la del amor.

Las inexistentes, las que son puentes, veredas, parterres, semáforos, lanfor cerradas, gradas, arena, bancas de parques, esquinas, miedo. Las que no deberían existir. Las que acogen la injusticia, la desigualdad, la libertad, la diferencia.

Las comunales, como las de los peregrinos de Santiago de Compostela ¿recuerdas? Esos hangares con cien camas, todas pegadas, olor a “buen camino” a esperanza, a paz, a olvido, a nuevos comienzos, a incienso. Un solo ronquido, la suma de muchos. Pies cansados. Babel en horizontal, sueño en miles de idiomas, ronquidos en lenguas diferentes. Sacrificio. Júrame que lo recuerdas tan vívidamente como la vez en que no encontramos albergue, porque fuimos los últimos peregrinos en llegar al pueblo perdido entre cerros franceses. Y nos acomodamos en un baño: la ropa, la poca ropa que llevábamos en esas mochilas, gris la tuya y azul la mía, con banderitas del mundo, cargando la curiosidad; suavizaron las baldosas blancas. Al final reímos gozosos al sentirnos afortunados de tener baño privado en una habitación particular separada de esos hangares de cuerpos cansados roncando en diferentes idiomas.

Camas hay muchas, no todas son redondas, no todas son felices. Tampoco en todas descansa la miseria ni el desarraigo. Como las más hermosas, sublimes, delicadas, sensatas, y que solo llevan al sueño profundo: las hamacas. Esas nos trasladan a aquella primera cama, la segura, la que se pega al cuerpo, la que nos acoge en cualquier situación, y, con su cadencia, nos permite olvidarnos del mundo.

5 de julio

Un día muy particular. La lluvia suave se esconde entre la bruma de la mañana. No se la sintió hasta que estuvimos empapados. La ropa gotea, pero no sentimos frío. Podemos seguir caminando con una frescura sorprendente. Luego de unas subidas y bajadas, llegamos a un camino de lodo. Pero, sorprendentemente, nada de esta situación extrema nos molesta. Los campos se veían verdes y cortados en retazos. En España hay más naturaleza y bosques que en Francia. Sí hay agricultura, pero menos violenta. Todavía hay pedazos de naturaleza. Ahora estamos en La Rioja y de a poco nos perdemos entre campos de uva.

Luego viene un largo camino de lodo. Nos resbalábamos, pero no molesta, incluso hasta parece agradable, como caminar entre nubes de algodón café.

Comemos cerdo, huevos duros, jamón curado, pan, queso blue. ¡Un lujo! Se puede comer bien y barato.

Volvemos al camino. Antes, mientras nos alistábamos, un hombre nos preguntó si nos podía tomar una foto. Le parece increíble lo que hacemos. Quizá no nos damos cuenta.

Seguimos con energía. Ha dejado de llover, vuelve el sol. En una hora hicimos ¡6 kilómetros! Llegamos a Grañón. Los otros peregrinos han llegado antes y están tomando unas cervezas en el bar.

Gerard viene con nosotros. Rodeamos la iglesia (románica) y entramos por las escaleras de un lado. ¡Las iglesias tienen un ambiente lúgubre que no se quita con nada!

Subimos, dejamos los zapatos y Leticia y M. nos reciben. Leticia es mucho más joven que un hospitalero normal. Tiene una amplia sonrisa y unos ojos llenos de amor y ternura.

Nos explica las reglas:

18h ayudar en la cocina 19h misa

20h cena

21h meditación

Tomen su colchoneta y acomódense.

La cocina y sala están en el segundo piso. En el primer piso hay una habitación grande con más de 16 colchonetas acostadas al piso con una mochila a los pies. Nos acomodaron en la puerta. Siesta. A las 18h00 subimos a ayudar. Un grupo de 5 coreanos ha decidido hacer la cena. Un batallón de ayudantes de todas las nacionalidades intentaba

entender a los jefes coreanos. Traducciones simultáneas en francés, inglés, español, que confundían más.

Sacan dos kilos de papas ¡a pelar! Fotos, risas, muecas, muchos brazos de diferentes colores y grosores se cruzan sobre las papas, sobre el mesón de la cocina, sobre la mesa, sobre las sillas, sobre el lavabo, sobre las ollas, sobre los baldes, sobre los platos, sobre los vasos.

Un hombre mayor me mira y dice ¿de dónde eres? ¿Ecuador? Resulta ser Jesús. El párroco de Grañón. Conmigo se vuelve y se revuelve en sus recuerdos. Soy una médium entre él y su “segunda novia”, la amazonia del Ecuador a la que volvió a amar entre anécdotas e historias. Vivió 10 años en Puyo, como párroco. Por él no se hubiese regresado. “Allá te podías encontrar 5 veces con una persona, y esas 5 veces te saludaba y te preguntaba cómo estabas”, “Padrecito la bendición”, “Aquicito nomás es”. Tuvo la oportunidad de adentrarse en las comunidades Waorani, casi frontera con Perú. Hablaba un poco de quichua. “Allá no hay tiempo, todo es diferente ... los indígenas son felices sin mucho, es más importante su relación con la tierra”. Conoció en persona a Miguel Ángel Cabodevilla. Le cuento las últimas novedades, de la carta abierta de este padre periodista al presidente Rafael Correa.

Jesús conoció la fundación Labaka. Sigue recordando.

“En el funeral, como en el caso de una mujer que murió por la picadura de una serpiente, ellos mismos construyeron la tumba. Velaron al muerto y, en ese tiempo, venían con muchos juegos. Jugó toda la comunidad mientras acompañaban y ayudaban a los familiares a olvidar, a soportar el dolor hasta que se durmieron”.

“Había niños que morían de deshidratación”.

Hace tres años, Jesús volvió a España. Con mucha calma nombra su dolor: leucemia. Hasta puede sonreír al pronunciarlo. Lo que en realidad le duele es haberse separado de Ecuador.

Cada vez es como mágica la forma en que ese pequeño paisito cambia a la gente. No es fanatismo nacionalista e irracional, es solo amor a ese mundo en el que crecí, en esa “isla de paz” que existe, donde todos sonreímos, agradecemos, reímos. Es verdad, hay ese paraíso, como todo, con sus lados flacos, ese paraíso terrenal.

Salimos de la misa y una peregrina estadounidense está lavando los zapatos de Remy. No habla mucho con la gente, pero les limpia los zapatos.

Cada quien hace su propio camino. También nos encontramos con una mexicana.

Viene para olvidar a un belga. Lo conoció en el aeropuerto de Bruselas. Los latinos sí que le metemos pasión a la relación hasta volver un culebrón la más rutinaria.

No nos faltan los celos, la desconfianza, la intensidad, la exigencia, la coquetería, el cariñito, la mentira “inofensiva”, los te amo. A veces los europeos no entienden esto. Ella lo conoció, se regresó a México. Él fue a verla, ella fue a verlo. Él va, Ella viene. Ese movimiento amoroso transatlántico duró hasta que Ady duda de una amiga.

No creo en el dios de las estampas ni en las iglesias. Creo que podemos hacer lo bueno que hacen las religiones, pero sin sotana. La lógica de la vida es lo mágico, lo racional, lo humano. No creo en vírgenes santas, ni en santos. Jesús seguro existió, pero quizá fue un rebelde. Jamás aceptaría todo el aparataje que se creó alrededor de él. Pero, si a la gente le ayuda, quienes somos nosotros para juzgar, será un sticker famoso de Whatsapp 6 años después de esta aventura.

Hoy caminamos 23 kilómetros. Hasta otro donativo en Tosantos.

Hay muchos gatos abandonados y perros amarrados. Los pueblos están siendo abandonados. Ayer pasamos por una comuna de casas y edificios grandes y vacíos, todos de venta. Se palpa la crisis, la burbuja inmobiliaria, el desahucio, la especulación.

Entiendo mis raíces, bullanguera. Los vecinos hablan de casa en casa. Es como volver a ver al padre ausente, eso sentí al caminar por España.

Llegamos al hospedaje y nos recibe Víctor. Hospitalario que en sus ojos y sus palabras solo existe sabiduría y calma.

También dormimos en colchonetas. Vienen los mismos con los que dormimos ayer. Así se convive. Visitamos una ermita incrustada en una montaña. María la cuidadora es una ardua creyente. Vemos a la virgen de la peña con la salvedad de que la virgen no está.

Conocemos a Samy, un francés que va de regreso. Llegó a Finisterra y ahora vuelve. Dice que hay que tocar fondo para llegar a Dios.

El camino te calma. Es una prueba más mental que física. Es aprender a pensar. Reeducar el pensamiento. Pensar en la calma y no enfocarte en el problema, en este caso medido en kilómetros.

Volvemos al albergue. Cenamos todos juntos. La peregrina que limpia los zapatos llega.

Terminamos la cena y subimos a la sala de meditación. El albergue es una casa vieja de piedra y techo de madera.

Rezamos, reflexionamos y hacemos un conmovedor ejercicio.

Leemos una oración, cada grupo en su lengua. ¡Es lindo escuchar sonidos tan raros pero con acento y sentimiento!

Escribo y roncan. Ya no me molesta. Al final nos reparten unas cartas. Son peticiones que cada noche se leen. Los peregrinos piden a Dios que cumpla esos pedidos de desconocidos. En 17 días se queman, dicen que el humo lleva las solicitudes al cielo.

Leo la petición de una puertorriqueña que pide por la mejoría de la parálisis facial de su madre y la relación de su novio para casarse. Y para que su hermano supere el divorcio.

Finalmente pude ver que todos los pedidos en español eran por amor. Los franceses por enfermedad, drogas, igual que los pedidos en inglés (que eran más generales). A los coreanos no los entendí. Tampoco los húngaros.

Me conmovieron las peticiones.

La solidaridad, eso es lo que necesitamos. Hasta los ateos somos entonces capaces de ser espirituales.

6 de julio

Domingo

Los domingos son nostálgicos. Salimos de Tosantos. En dos horas hemos hecho 8 kilómetros. Estamos en Villafranca. Nos quedamos sin dinero y aquí no hay cajeros. Hacemos una parada para vender artesanías.

Vemos una pareja que viene desde Pamplona en bicicleta con su bebé Adrián de 3 años.

Nos cuentan que el primer día fue el peor. Salieron de Pamplona y a los 10 kilómetros tuvieron que trepar al alto del perdón, una cima que separa Pamplona del otro valle. Les cogió la lluvia y el lodo, el camino estrecho. El niño lloraba y los peregrinos atrás sí que les hicieron pasar un mal rato.

Dormimos en San Juan de Ortega. El negocio del camino. 5 euros por camas pulgosas, baños viejos sin papel higiénico ni cocina.

En la noche, sopa de ajo. Los 4 hablamos con nostalgia de nuestros gatos (Peter Pan, Chikitina y Minino), extrañamos la estabilidad.

7 de julio

Llegamos a Burgos. Estamos cansados. Comemos en un restaurante donde nos atendió un riobambeño. 14 años vive aquí. Estudió hotelería, hizo pasantías y lo

contrataron.

La catedral es enorme.

Hospital de peregrinos con ascensores, luces con sensores y nada de alma. El hombre que atiende nunca ha hecho el camino.

Es difícil entrar a las ciudades.

Llegamos a la del Cid Campeador. Estamos en la región de Castilla donde se dice que nació el segundo idioma más importante por nativohablantes después del mandarín.

También hay un castillo destruido por Napoleón. Castillo del año 1000

La catedral es enorme. Ya lo dije. Enorme. Nos encontramos con otros peregrinos españoles y un hombre que se las sabía todas. Cómo olvidar su nombre: Isaías Burgos. Nos contó que la primera piedra fue puesta el 2 de octubre de 1221. Que en 50 años fue terminada. Que se construyó sobre una iglesia románica. Que tiene una escalera de estilo renacentista. Dice que por esa puerta entró el Renacimiento a España. Eso ya era por el año 1500. Porque la Catedral fue sufriendo ampliaciones, aunque en principio era gótica. También hay la capilla de Santa Ana con un retablo increíble que representa el árbol de la vida.

El coro de 103 asientos y madera de roble fue hecho por un artista francés. Antiguo, nuevo testamento y las confortables misericordias. El mismo artista que construyó la megacapilla de la familia Condestableo, la segunda familia más importante después de los reyes católicos. Esto fue por el 1525.

Se dice que a esta catedral vino dos veces Cristóbal Colón. Era casi un héroe para la época. Todos escuchaban con asombro sus historias, y me pregunto yo ¿qué habrán imaginado estos aristócratas? La cosa es que hay unas figuras talladas que remiten a unos hombres monos peludos que cargan los escudos reales. También están en las columnas. Mujeres peludas con los senos descubiertos. Cosas de la conquista e invasión.

La segunda noche en Burgos pasamos en un albergue religioso con dos italianos, tres franceses y dos coreanos. Todos muy religiosos. La hospitalera era ucraniana.

Lo hermoso es esa mezcla cultural.

El coreano hace por tercera vez el camino.

La primera sin dinero, la segunda con una privación que no recuerdo y la tercera sin tiempo. Camina descalzo y en el camino conoció a dos mujeres una coreana y una española, a la que esta cuida.

9 de julio

No podemos subir nuestros escritos al blog.

Dicen que julio y agosto son los meses más calientes de Burgos, pero todos hablan de los 8 grados que nos congelan la piel en pleno verano.

En la Catedral está el Mío Cid enterrado. En el séptimo centenario se pasaron los huesos aquí. También hay el cofre del Cid con el que engañó a los árabes.

Brasil cayó 1 a 7 ante Alemania en el partido del mundial. Israel ataca la franja de Gaza y en Ecuador se debate el código monetario mientras todos reímos con memes mundialistas.

En España, cada que tomo un periódico sea local o nacional, leo casos de corrupción. Ahora leo de unos conocidos que vendieron terrenos a 4.8 millones de euros cuando en 2006 su valor era de ¡900 euros!

En España se gasta 32 veces más en controles fronterizos que en ayuda a refugiados. Según Amnistía Internacional en 2013 la mitad de las entradas irregulares y el 63% de las entradas por mar fueron de Siria, Afganistán, Eritrea y Somalia...países en guerra.

O sea, Europa cierra la puerta a los pobres, mientras los pobres abren la puerta hasta con incentivos económicos a los empresarios europeos.

10 de julio

Estamos y dormiremos en las ruinas del antiguo convento de San Antón. Un antiguo hospital de peregrinos construido en el siglo XII: Fue hospital, refugio, convento e iglesia. Ahora, en una partecita que ha quedado en pie, hay 12 camas, comedor, cocina y un baño. En verano hay sequía por lo que el agua es limitada. No podemos bañarnos, los baños se corren con botellones de agua recogidos de un tubo que pasa cerca de la zona. No hay electricidad. Nos recibe una pareja de hospitaleros. Él irlandés y ella española.

Diríamos que estamos en el interior de la iglesia. El piso es de piedra que es lo que ha quedado de la caída de paredes y techos.

Hicimos todo para venir aquí. Este era un lugar que Remy quería conocer. En realidad, todo lo que hicimos fue caminar. Ayer dormimos en Hornillos del Camino. Salimos pasado el mediodía de Burgos. Inicié con un dolor de estómago. Pero no dejé de caminar. Bajé la velocidad, sí, pero no paré. De a poco sentí una fuerza que me enseñó que puedo con el dolor, que puedo controlar el cuerpo. No es nada metafísico o mágico. Es mental y lógico. Luché contra mi hipocondríaca forma de pensar. Comencé a caminar más y más rápido. Luego me veía bien, fuerte, rebasaba gente y 5 kilómetros después no

sentí nada más que una ligereza de movimiento. Me sentí como vencedora de no sé qué. Paramos a comer bajo un puente y seguimos. El camino ha ido mutando, en realidad somos nosotros los que hemos ido cambiando. Al inicio llegaba agotada y molesta a un pueblo. Caminaba lenta y pesada. Me enfocaba en el cansancio. Contaba los kilómetros. Llegaba a dormir y con dolores de todo tipo.

Hoy el camino se me va como arena entre las manos. Como el tiempo. No lo pienso, lo vivo, y ahí se me ha hecho más ligero. Caminamos con más velocidad, más paciencia y más alegría. La música ha ayudado mucho.

El camino tiene sus ritmos.

Llegamos literalmente bailando a Hornillos.

Aquí todo es bien parecido a Latinoamérica: los niños salen en grupos. Juegan por el pueblo. Gritan, hablan alto. Los perros también. Hay una bulla que nos recuerda que estamos vivos. No es el silencio fantasmal de los pueblos franceses donde los niños no gritan y los perros no ladran. De eso hablamos en la noche al celebrar la cena de reencuentro con nuestros dos grandes amigos de viaje: Gerald y Delphine. Nos perdimos en Burgos. Ellos pasaron dos días en un hotel con cuarto privado. Lo necesitaban.

Por suerte compartimos una habitación los cuatro. En la noche llegó una pareja, él de Brasil, ella de Hungría. Para mala suerte, justo hablamos del 7 -1 cuando entró. No sé si fue peor y más grosero el silencio. Tampoco sé si fue por venganza, pero hoy se despertaron a las 4h30 y se fueron a las 6h30. Dos horas de bulla, plásticos, luces, cierres que se abrían y se cerraban, pasos, murmullos, ruiditos.

Entramos en la Meseta Central de España. De aquí en adelante, todo será plano. Lo que hemos caminado hoy es como el Salar de Uyuni, pero en vez de sal hay trigo. No hay pueblos cercanos, no hay nada, solo trigo. Muchos dicen que estos 200 kilómetros de meseta son los más fuertes. Caminar sobre el tedio de la nada encarnada en hectáreas de trigo. Será por eso que caminamos más rápido. Para salir de estos paisajes muertos.

11 de julio

Sabemos más o menos lo que se siente ver un oasis. Nosotros que no somos creyentes, nos emocionamos al ver debajo de la plana meseta un campanario. Era un pueblo de una calle, la única y principal. A los dos lados hay barcitos. Un ambiente acogedor. Me recordó Montañita o Baños. Entramos en un café para subir el post de Grañon. Vimos los goles de Argentina. Un cafecito con los amigos. El post se hizo obra. Buen día. Tranquilo. Faltan siete kilómetros para llegar al siguiente monasterio.

Sólo tienen 12 camas. ¿Y si no hay espacio?

Llegamos. Una italiana nos explica que los hospitaleros se fueron a comprar comida. Que dejemos las maletas adentro. Luego, entra un asiático, se llama Vincent. Habla francés. Tiene 38 años, 37 en París. Es de la leva de Laosianos que vinieron a Francia después de la guerra de la Indochina.

Explica un poco la historia de Laos: después de la Segunda Guerra Mundial el reino de Laos se dividió de Vietnam. Entre los independientes. Los que pedían intervención de EEUU y Francia y los comunistas. El rey abre el debate. Gana su hermano comunista quien lo derrocó y se convirtió en el príncipe rojo. Los liberales salieron del país, muchos a Francia, como los padres de Vincent, hace 38 años. En el año 2000 su padre regresó, el príncipe rojo, murió. Él vive en París, tiene 2 hijos. Su esposa es de origen africano, sirio, indú, francés irlandés. Su madre es hija de un francés y una africana. Su padre de un irlandés y no sé qué más. Y así, la pureza está en la mezcla. Vincent cuenta que la tía de su esposa se casó con un vietnamita. Su hijo parece peruano.

Él nunca ha ido a Laos. Remy le explica y le describe el país. Hablaron en lao.

Lindo encuentro.

El camino de Santiago, alrededor del año 900, era una ruta de peregrinaje y comercio.

En las orillas del camino crecían ciudades (como hoy, debido al comercio y al turismo) y también actuaron los de buen corazón que en la época abrieron hospitales para los peregrinos.

“Ergotism” fuego de San Antón, enfermedad de intoxicación por el centeno.

De lo que leo, es lo mismo que hoy. Crear conventos y hospitales era como reducir impuestos y ganar seguidores, fieles. Ahora se llaman “votos”. Las iglesias y las órdenes que ayudaban a los peregrinos, recibían beneficios de los reyes.

La orden de San Antón, entonces, levantó el hospital. Relacionado con el ergotismo, muchas personas venían aquí para tratarse la enfermedad que “quemaba por dentro”. Los enfermos anunciaban su llegada cantando ultreia, el himno del camino de Santiago de Compostela. Al venir les daban pan y vino. El pan de trigo, lo saben ahora, fue lo que los curaba: dejaban de consumir el centeno.

Cuando venían los enfermos, si las puertas estaban cerradas, dejaban fuera vituallas y comida para que sigan o hasta que se abra la puerta.

Este era un hospital modesto, no como el Hospital de Burgos.

Aquí la ración era: dos panes redondos de medio cuartil (575 gr), 2 vasos de vino, un plato de caldo y 2 libras de carnes, para 3 personas.

Este convento era y tenía muchos privilegios al ser fundado por los propios reyes de Castilla...luego vinieron los culebrones religiosos.

Ja, ja, ja, leyendo la historia me entero que había conflictos con otros conventos... ¡por las limosnas! Carlos III en 1787 cerró el convento. También el de al lado en la ciudad de Castrojeriz. Cuando se cerró el convento había 7 camas. 15 padres y ancianos daban la comida del mediodía y limosnas.

El altar mayor y los enseres se los llevaron a Castrojeriz.

En 2002 se volvió a abrir. Primero los de la “Asociación amigos de los refugios con sede en Castrojeriz” volvieron a la tradición de dejar paquetes de cosas en las hornacinas.

Hace dos días festejaron los 12 años de la reapertura.

21 de julio

Molinaseca: Estamos al pie del río que se convirtió en piscina pública. Es lunes, pero los españoles son refiesteros, así que toda la gente está en terno de baño, tomando el sol, hablando, los niños en el agua, los bares abiertos, los viejos sentados.

Llama la atención que en España casi todas las casas tienen bancos afuera. Además, las puertas de las casas siempre están abiertas. Hablan alto, son bruscos, directos, secos y arrogantes.

Hemos pasado la meseta. He visto que dejé de escribir al comenzar esta etapa. Fue un infierno. Los días siguientes, fueron los más tensos.

Ya Buegos y Formista (Palencia) la pasamos peleando. Pero también lo pasé llorando. Salí de San Antón llorando. Un bicho me picó toda la cara. Estaba hinchada, roja adolorida. Salimos rumbo a Castrojeriz por un camino alterno, fuera de la autopista, estábamos solos. Lloré mucho. Estaba harta de todo. Odiaba el mundo. Quería parar. No veía nada del paisaje, solo lloraba, insultaba, tenía rabia. No sé por qué hacemos lo que hacemos.

Vimos un bambi. Volaba. Saltaba como saltarían los ángeles si existieran. Pasó delante de nosotros.

Llegamos a Castrojeriz, siento miedo, culpa, ira. Si alguien me mira, lloro. Sensibilidad total. Llegamos al bar de un coleccionista de billetes (tenía más de 400). Tenía fotos con Pablo Coelho. Gatitos bebé en el patio de atrás. 14 años tiene el bar. Otra

forma de hacer el camino.

Castrojeriz, hermoso. Calles apretadas, pero no sofocantes. Conocimos a las monjas que hicieron los dulces que comimos en San Antón. De hecho, en la cena tomamos un vino cuyo sello y marca es un envasado especial mandado a hacer por el dueño del albergue, que como un favor, abre su propiedad a los peregrinos con la condición de mantener la austeridad. ¿Qué, nos pone a prueba y nos premia con vino? O ¿solo quiere reproducir los hábitos solidarios de la época?

Seguimos subiendo por las calles de Castrojeriz y vemos un rótulo hermoso en las puertas abiertas de una casa (con música de relajación de fondo y galletas) claro, leímos “Hospital del alma” y lloré.

Es la casa de una pareja, ella española, él italiano, que se conocieron en el camino. Hace siete años que están juntos. Hace dos, abrieron su casa. Hay una exposición de fotografía, frases hermosas, música, comida y lo mejor...un cuarto lleno de libros. ¡el paraíso! En el patio trasero, unas cuevas: la pasión de Remy. ¿Cómo se alcanza la paz?

Ahora estamos en el “Hospital de la Condesa”, ya pasamos Obreiro, la última gran montaña. Ahora todo será, espero, más tranquilo.

24 de julio

A ver, para no perderme: pequeñas señales: De Castrojeriz y su hospital del alma salimos descansados porque en la biblioteca nos dormimos dos horas. Remy tomó un libro resumen autobiográfico de Gandhi. Yo, *Donde el corazón te lleve* de Susana Tamaro. Ahí nos encontramos con Lars y Nataly, dos viajeros que se encontraron en el camino, en la casa del Alquimista. Vienen caminando, él desde Alemania (Köln) y ella desde Le Puy.

También nos encontramos con Delphin y Gerard. Bueno, ya habíamos dormido juntos en San Antón.

Decidimos no caminar mucho, apenas 10 kilómetros después de que nos dijeran que había un albergue excepcional. En una iglesia medieval rehabilitada un grupo de curas italianos, de Perugia, reciben a los peregrinos con cena, desayuno y lavado de pies incluidos. Solo 12 plazas.

Nos despertamos y salimos del Hospital del alma a las 16h30, corriendo. Salimos de la ciudad y vino un enorme cerro bañado de calor y sin sombra. Llegamos a la cima y la meseta comenzaba a quemar. Llegamos a la cima y se veía al otro lado toda la infernal planicie que nos esperaba por 200 kilómetros.

Fue uno de los días más ensordecedores con un sol que picaba. Un calor seco, pesado, denso, furioso, aplastante, irrespetuoso, dorado, cruel. Enseguida, el desierto de trigo.

Llegamos pronto. Caminamos rápido. Todavía teníamos fuerza. A las 18h30 llegamos al Hospital de San Nicolás, junto al puente de Fitero. Efectivamente, nos lavaron los pies y nos lo besaron.

Hospitaleros: 3 italianos, 1 español (de Burgos)

Cena: sopa de ajo, aperitivo de huevo y atún. Fideos en salsa realmente italiana.

Al día siguiente salimos. Encontramos después del puente una bicicleta ¡el sueño de Delphine! Volar en dos ruedas y cruzar esa meseta.

Es sábado. Entramos a Palencia. En un pequeño pueblo tomamos un café en un restaurante que dice que tiene WIFI. Pedimos la contraseña. El dueño primero nos dice que “no hagamos cola en el baño” porque no vamos a hacer “merienda de negros”. Luego nos desconecta el wifi mientras se ríe y nos mira cómo nos vamos. Exploto. Le mando a la mierda. Dice que él hace lo que le da la gana porque es su propiedad privada.

Llegamos a Boadilla del Camino, en el supermercado, un hombre se burla de Remy y Delphine porque se demoraban en escoger el atún. Lo increpo. Cruzamos palabras con este joven pinta de skinhead.

No quiero escribir la discusión, aunque lo recuerdo literal.

Decidimos caminar en la noche para ver si así se hacía más ligera la infernal planicie. Estábamos en el albergue de Fromista. Avisamos a todos que a la una de la mañana saldremos. Es luna llena. Esperamos que con el fresco y la luna avancemos más rápido. Unos 30 kilómetros. Dormimos temprano. Todo listo, yo tenía miedo del frío. La meseta es tal cual un desierto. Arde de día, congela en la noche.

Delphine estuvo despierta desde las 12. Yo tampoco pude dormir. Se oía chicos corriendo afuera.

“Desayunamos” yogurt con unas galletas de canela muy adictivas.

1am. Salimos. Medias como guantes. Oímos música. Se nos cruzan 10 jóvenes borrachos, gritan, saludan. Seguimos. Nos internamos en la oscuridad. La luna nos indica un camino que nunca curvó. Una luz a lo lejos. Era un camión. Creo que logramos saltar la parte más aburrida y mentalmente tortuosa de la meseta. Sentíamos que corríamos, pero la verdad es que íbamos en cámara lenta.

En cuatro horas apenas habíamos hecho 15 kilómetros. Llegamos a Carrión a las

5h30. Tuvimos que esperar a las 6 de la mañana para que abran un café. A esa hora veíamos frescos peregrinos que empezaban su jornada mientras nosotros estábamos muertos. Mala idea. Vino la histeria, el cansancio. A las 8h00 llegamos al albergue de Santa Clara. Nos recibe María Cruz, mujer amable, profesora de francés. Muy dulce. Hace una excepción y nos permite entrar (normalmente los albergues se abren a las 11am) ¡Una santa! Llegamos a dormir. El peor chuchaqui. Nos levantamos a las 13h00 a comer y a volver a dormir. De fondo se escuchaba como se iba llenando el dormitorio del albergue. Nosotros como muertos.

Domingo. Final del mundial. Alemania vs Argentina. Remy hace un atrapasueño de coquillaje. Delphine y Gerard están agotados, buscan justificación para correr, así que decidieron inscribirse en un curso de yoga y budismo en París a solo 500 euros cada uno por una semana (Gerard vivió en un centro budista cuatro años y Delphine es de padres budistas). Deben correr. Deciden tomar un bus para adelantarse unos kilómetros. Lo que significa que esta es nuestra última noche juntos. Les hicimos unas pulseras.

Delphine: rojo-amor, rosado-flores, amarillo-camino. Gerard: amarillo-camino, marrón-tierra, naranja-budismo

19h30. Concierto en el albergue de las monjas de Santa María. Hermoso. Cambia todo cambia. Gracias a la vida. Guantanamera. Ultreria. Luego, misa del peregrino y bendición. Nos dieron una estrella de papel. Casi todos lloraron.

En España siguen siendo muy católicos. La iglesia estuvo llena. Muchos adultos mayores. Todos se abrazaron y luego buscamos un lugar para ver el fútbol. Última cena juntos. Cervezas y alitas marinadas. Parece que muchos apoyan a Argentina. Segundo tiempo, se vacía el bar. Quedan dos grandes mesas que gritaron el gol de Alemania. Volvimos a las once de la noche al albergue. En la calle muchos niños de una escuela vacacional jugaban. España es nocturna.

Aquí se cena a las 22h00. Contrario a Francia que a esa hora ya hay un silencio sepulcral. Entramos, María Cruz nos había dado permiso para entrar más tarde. Al día siguiente nos despedimos de Delphine y Gerard. Ellos se quedaron esperando el bus, nosotros seguimos el camino. Día muy difícil. Los 17 primeros kilómetros no había nada. Solo calor y campos. Menos gente. La mayoría se salta esa incomprendible meseta. No hay sombra, no hay nada. Ni la música ayuda. Es difícil disimular esa situación extrema. El cansancio se apodera de nosotros. No tenemos mucha comida. Llegamos a Calzadilla de la Cueva. No hay tiendas, solo un bar. Lo peor en ese calor es caer presa del business.

Dos tortas de papa e internet. Recibimos una llamada de una periodista de Chile, nos hace unas preguntas para un reportaje sobre viajeros. Decidimos seguir. A los dos kilómetros Remy se da cuenta que se olvidó su bastón. A volver. Yo lo espero bajo la sombra de un raquíptico árbol. Calor. No pasa un solo peregrino. Remy se demora. Vuelve. Seguimos por 7 kilómetros más de nada. Llegamos a Lediga. Población: 50 habitantes. Hay un bar que es tienda y albergue. Cinco euros la noche. Nos atiende un hombre muy serio. Estamos no cansados, sino hartos. No sabemos qué hacer. Ya son las 18h00. Lloro. Odiamos todo. Rompemos las reglas y vamos a la carretera a hacer autostop, pero ¿a quién? Por ahí no pasa nadie. Todos los que siguen son pueblos abandonados o solo con población vieja. El boom de las ciudades ha desolado los pueblos, como en Ecuador. Pasa una patrulla de la guardia civil y le “hacemos dedostop”, que no pueden llevarnos. Desesperación. Nada que hacer, regresamos al bar-albergue-tienda. Pedimos dos camas. Una chica marroquí de mirada triste nos atiende. Nos encontramos con el peregrino que viaja con su perrita, Bella. Parece un clochard, pero siempre lo vemos en cafés y bares tomando cerveza o vino. Esta noche duerme con nosotros. Cena en el bar con un cubano-canadiense y su madre. Nosotros comemos fideos con ensalada de tomate. Me escribo con mi ñaño. Me dice que nos admira, que no tomemos bus, que falta poco. Era la motivación que faltaba.

25 de julio

Hoy es día de Santiago. Estamos en Fonfría. Remy vino en el camino haciendo un coquillage con la pepa de un aguacate. Lo cambió por dos desayunos. Es la fiesta de Santiago. La señora colgó un par de zapatos de “muiñeira” un baile típico gallego.

El gallego es una mezcla del español y el portugués.

30 de julio

Leo lo anterior y ya tengo recuerdos.

Seguimos en el camino y ya tenemos sentimientos de nostalgia, souvenirs ¡del propio camino!

Hoy recordé ese día en Ledigo. Digo que la sensación fue de desolación. Tristeza. Nos sentimos solos y desamparados. La meseta es dura. Palencia, un pueblo desagradable. Al día siguiente llegamos a Sahagun, una comunidad grande y desordenada. Dicen que es la mitad del camino francés. No tenemos comida ni nada, así que buscamos un supermercado. Preguntamos en la oficina de turismo (que es oficina municipal, guardia y turismo a la vez). Nos dan un mapa de la ciudad. Sigue siendo cierto que en España

prefieren darte una dirección incorrecta que no contestarte. Un cartel dice “el sábado cacería de brujas” con una foto de dos mujeres árabes. Le pregunto al guardia-burócrata-guía-turística de qué se trata ese cartel. Solo se ríe. No me quedó claro.

El pueblo es una especie de Santo Domingo de los Tsáchilas. Todo es comercio. Encontramos un albergue católico para peregrinos. Pido el baño. Me lo niegan. La solidaridad se va yendo al carajo. Solo puede permitirme pasar si pagamos los 35 euros por noche. Le agradezco la amabilidad y le pregunto ¿dónde queda el espíritu del peregrino?

En el supermercado compramos de todo, con la emoción de imaginar una deliciosa cena. Salimos cargados. Cien metros debajo de la calle encontramos unos árboles con un poquito de sombra y una fuente de agua, fuera de un albergue cerrado. Hacemos una buena ensalada con gusto; pero, tenemos un problema ¡no tenemos cubiertos! Los hemos olvidado no sabemos dónde. En la esquina dos viejitos conversaban. Rémy fue a pedir dos cucharas, nos regalaron dos naranjas de plástico; y después nos trajo dos pedazos de torta. Deliciosa. Recordé la famosa torta de los soldados; harina, huevos y leche, se los ponían en los cascos. Esto lo aprendimos entre las historias de un albergue de Francia.

Mientras escribo, escucho la conversación de dos españoles y un uruguayo. Hablan de sus relaciones amorosas. Los hombres son igual de sufridores que las mujeres. Ellos hablan también de forma intensa de nosotras.

Los latinos, de verdad, somos más sexuales. Ponemos mucho énfasis en el amor y sus truculentos caminos, en la pareja, en las emociones y los sentimientos. La cabeza no la tenemos fría. En eso, a veces, me gustan más los europeos, tienen otras expectativas en la vida. Piensan en otras cosas, hacen parecer que hay otro mundo más allá de las cosas del corazón.

Salimos de Sahagún. 16h00. Sigue la puta meseta. 37 grados. Caminamos por 4 kilómetros más hasta Soto. El sol quema. Insoportable. Corremos a cubrirnos en una estación de bus. Decidimos hacer autostop después que delante solo nos quedaba una línea recta, infinita y desenfocada de calor. La gente no nos quiere llevar. Creo que saben que es como hacer trampa y quizá sea de mala suerte llevar peregrinos tramposos en sus autos. Después de varios intentos y el viento sabor a hoguera, volvimos a caminar entre las brasas de la media tarde cuando un auto se para a nuestro lado. Nos adelantó 20 kilómetros ¡en 5 minutos! Eso en caminata es un día. Por un momento se nos desbarató el camino. El hombre que manejaba el auto nos dijo que iba a ser peligroso caminar esos

20 kilómetros a casi 40 grados porque no había una sola sombra.

Llegamos a Burgo Ranero, con una satisfacción picaresca de la travesura que acabamos de hacer. El hombre dice que nos llevó por piedad.

Caminamos hasta el albergue. Todo ocupado. No sabemos qué hacer. No nos permiten dormir ni siquiera en la sala. La única opción es el patio. Hay un estadounidense que vive en Sudáfrica y una española que comienza hoy los 15 días de voluntariado como hospitaleros que tomarán la posta de dos españoles. Uno de ellos se fue a festejar al bar de al frente, el otro, alistaba minuciosamente su maletita porque mañana continuará como peregrino.

A la cena llegan dos peregrinos, un español y un portugués. El primero le dice que coja de la mesa todo lo que pueda y que haga fideos. Llegaron con mucha ansiedad.

22h00 Salimos con los sleeping al patio. Es un hecho, dormiremos afuera. Estamos entrando a nuestros sleeping. Nos invitan a dormir en la sala. El hospitalero me cede su cama.

Al día siguiente salimos de Burgos Ranero a las 6 am. Más de 13 kilómetros aún de nada. Llegamos a Reliegos.

El día anterior. Al llegar a Sahagún, a la Ermita de la Virgen del Puente, lloré. Mucho.

De nuevo, antes de llegar a Reliegos, me invadió una desesperación, angustia, quería dejar botando todo y parar el camino. La desesperación, el sol, el cansancio me hicieron su presa. Yo no soportaba más. Sentía que ya no soportaba.

Pensamos en hacer autostop de nuevo, pero estábamos dentro de campos sin ruta. Al mediodía arribamos a Mansilla de las Mulas. Volvían los 37 grados de temperatura. Una fila enorme de peregrinos sentados esperaba que se abra la puerta del albergue. Cuando esta se abrió, lo hizo con una brisa de esperanza.

Era una casa vieja, pero las camas en buen estado. Nos dieron una habitación cerca del wifi en el segundo piso. Las gradas de madera mantenían la deformación en el medio que confirmaba la vejez de la casona y la insistencia de los peregrinos.

Nuestra litera estaba junto a la ventana. Frente a nosotros había una pareja de Hungría. No sabíamos si se conocían de antes o no. A veces, en esos países, el trato es el mismo. Frío. Y frente a ellos, en otra litera dos amigos bogotanos; Nelson vino de vacaciones a visitar a su amigo a Strasburg, donde vive hace 10 años. Estudia música. Nelson estudia danza en Bogotá. Es lindo el son latino, esa forma relajada y hasta

irresponsable de ser, de pensar, de vivir. Extraño Sudamérica.

Nos hicimos unos ricos sánduches. En estos albergues la gente suele dejar comida para los que vienen atrás. Rémy tomó un poco de paté con queso crema, cheedar en tranchas y un poquito de chorizo.

Hay un buen ambiente entre los coreanos que no saben cómo hacer fideos, los peregrinos que siguen llegando, los colombianos que hablan alto y ríen alto con una italiana y una barcelonesa llamada Meritxell que ríe y conversa con todos.

Conocemos a un francés que vive en Gabón, África. Es profesor de francés. Ha vivido en Etiopía, Madagascar, y otras partes del sur de África. Justamente estoy leyendo Ébano de Kapuscinski y nos quedamos encantados hablando de África. Es un continente que definitivamente quiero conocer.

En la tarde, siesta e internet. Es difícil subir un texto en el blog. Me estreso demasiado, dejo todo y decido volver a la siesta.

Me encantan las galletitas de canela que probé en la casa de Irma, en Pamplona.

En la noche, ensalada. Compartimos con Meritxell, se sientan junto a nosotros los colombianos y nos cuentan el fiestón del día anterior. Con todo y chupitos.

Meritxell nos dice que deberíamos escribir un libro de nuestros viajes. Se sorprende ¿cómo pudieron dejarlo todo y partir?

Hablamos de la pareja. Esta está siendo una gran prueba de vida juntos. A ver, si sobrevivimos a dos meses y medio las 24 horas del día, en situaciones extremas como cansancio, falta de intimidad, hambre, conflictos existenciales (que en el camino siempre aparecen), dolores musculares y cientos de horas de caminata, puede ser que estemos preparados para algo más.

Es una buena prueba. El amor, claro que son palabras bonitas, pero no solo eso. También es coordinación, adaptación, acción. Somos más que una pareja, somos equipo. Nos conocemos, nos entendemos.

Si sobrevivimos en camas separadas y con otras 88 personas más de por medio. Si nos aceptamos cansados, con ampollas, con iras y frustración, en el hambre, la incomodidad, la austeridad, con todos los olores, los cólicos menstruales, los miedos...Una casa con una cama grande, dos perros, gatos y bebés; sería el paraíso.

He descubierto la esencia misma de los malos pensamientos. Qué pésima necesidad e instinto de imaginarnos lo peor. Pero he aquí que con el camino logramos cansar el miedo.

Caminar para callar.

Caminar para vivir.

Caminar para no pensar y pensar en todo Caminar para escucharnos, por dentro.

Al día siguiente vamos a León. Entre buscar un lugar adecuado para hacer autostop, la caminata era lo mejor. Comenzó a desaparecer el infernal silencio de los campos de trigo y a aparecer, de a poquito, los pueblos que traen sonidos de vida y sombra. Esas callejuelas que forman corredores por donde pasa el viento que ya lo volvemos a sentir.

Llegamos a León. Remy se cortó la barba en una peluquería cerca al albergue donde nos prestaron la cortadora y el espejo.

31 de julio

Esta es la última noche antes de llegar a Santiago de Compostela.

Estamos a 23 kilómetros del final. Hay una nostalgia seca. La prueba fiel de que todo se acaba.

No nos deja de sorprender cómo pasa el tiempo.

Mientras escribo un recuento de lo que hemos vivido, voy sintiendo la imposibilidad de asir el tiempo. Somos relojes de arena.

Nos queda solo la escritura.

El camino es la libertad total. Es caminar, comer, dormir, leer. El tiempo es nuestro. Es como sacarle un tiempo extra a la vida.

Da pena como hay que esconderse del mundo para ser libres. Caminar entre los árboles, entre las sombras, sin ruido, para vivir.

Mañana se acaba.

Pena mezclada con ansias por terminar. No ha sido fácil, pero será inolvidable.

Amé dormir con extraños en un mismo dormitorio. Todos amontonados en un hangar escapando de la realidad que nos acecha. Pudimos olvidar, por las noches, los duelos, los dramas, las deudas, el hambre, la vida. Solo dormimos cansados.

Siempre viene una sensación de no haber disfrutado lo suficiente.

No hay que apurar nada. El camino muestra que todo viene con el tiempo, y así mismo se va.

Esa soltura sin más responsabilidades que comer y buscar donde dormir ha sido la sensación más placentera.

Hoy dormimos en Santa Irene. Un albergue municipal de 36 camas. Hay solo 20

ocupadas. Es mejor cortar la etapa que ir a los albergues hacinados del fin con dormitorios de 120 personas incluidos muchos jóvenes que hacen los últimos 100 kilómetros como paseo y en onda fiesta.

Desde Saria, todos corren. Saria es el pueblo desde donde se cuentan esos 100 kilómetros para llegar a Compostela. Desde ahí para atrás los peregrinos reciben la Compostelana que es un certificado que da la Iglesia Católica y que en algunos lugares de España es válido incluir en el CV.

Por eso, el sentido del camino se pierde en Saria donde miles de gentes inician con bulla, fiesta y, no caminan, corren.

Al final, todos corremos. Es como que esa ansiedad de saberse cerca de la meta nos atrae como imán y te llama por tu nombre. Somos todos conejitos con la zanahoria por delante.

Es difícil no involucrase de la presión social. Es difícil caminar entre personas que corren. Por más que hayas caminado 1300 kilómetros, desde aquí, corres.

Intentamos ser irreverentes a ese apuro. En la mitad del camino final, al kilómetro 30 paramos en una gran roca, nos hicimos un sánduche y con vino, festejamos el camino.

Decidimos gozarlo hasta el final. Quizá solo queríamos tardar la llegada, tardar el final, todo final es doloroso.

Luego hicimos una siesta, a la vereda de gente corriendo. Queríamos masticar el último día.

Al final, seguimos lento, pero con recuerdos. Llegamos a dos sitios que, si íbamos rápido, los perdíamos, como ese último albergue que funciona desde 1993 a los pies de la autopista. Fue un poco ruidoso. Las instalaciones como nuevas.

Aquí nos encontramos con una pareja con sus dos hijos. Sevillanos. Están haciendo los últimos 50 kilómetros del camino. Ángela es arquitecta, 4 años desempleada.

Tuvo que tocar fondo y que la despidieran para dejar de trabajar en algo que odiaba. Recuerda que era un medio muy machista. Hace un año se decidió a estudiar psicología a distancia. Viven estrechos de dinero, pero aseguran que felices. Su esposo la ha apoyado. Sus hijos se motivan de verla estudiando. Está por los 40. Nunca es tarde.

Remy me ha hecho reír.

Hemos caminado juntos por dos meses y medio. Y ese muñequito, de todo, ese muñequito que cuelga de su mochila me hacía feliz. Porque es la muestra de la inmensa

ternura de la que está llena su corazón.

A él lo encontramos en el piso de una de las caminatas preparatorias antes de salir a Santiago.

Lo recogiste y lo amarraste a tu mochila. Así, silencioso ha estado con nosotros en este extracto de la vida.

Y, mientras intento escribir, me interrumpes, me bromeas desde el segundo piso de esta litera que es el símil de todas las literas que nos han separado 77 días para unirnos más.

El camino no hubiese sido el mismo sin ti.

Fisterra lunes 4 de agosto

Hace tres días llegamos a Santiago de Compostela. Fue emocionante después de todo lo vivido dos meses y medio. Al principio no lo podía creer, me invadió una risa nerviosa mezclada con llanto. Fue un reto logrado, ese de mostrarse a sí mismo que somos capaces de todo.

Pero, ahora, tres días después, todavía me siento rara. No sé si es porque hay la idea de que luego de terminar un reto, todo va a cambiar. Existe una idea mágica de que con el camino vendrá sabiduría, paciencia, calma, paz, pero no, después de caminar 1300 kilómetros, sólo viene el día siguiente.

Vi gente que lloraba y decía que era otra, que habían encontrado la paz, que han sentido la presencia de personas amadas. Es cierto, pero también llegan ríos de solidaridad egoísta y filantropía vanidosa. Sensibilidad barata. Filosofía inútil, alternativismo hipócrita. ¿Cómo encontrar la paz cuando el mundo se está matando?

Veo felicidad genuina y veo burbujas de bondad que separan risas de muertes en Gaza, Siria, Yemen.

Siento que se me han ido las palabras, he hablado mucho de amor, ahora ya no quiero escribir de eso. Se me vienen a la mente las ostentosas oficinas de la ONU en Suiza, con deliciosos menús y sillones de lujo. Así supongo que es más fácil hablar de los problemas del mundo.

Siento que la felicidad no es dejar de indignarse, de mirar al otro.

Olvidarse de lo malo no soluciona nada, pero pensarlo todo el tiempo, tampoco es bueno. O, será que ¿en el fondo odio y envidia a quienes tienen esa capacidad de sonreír a pesar de todo?

El final de un reto, de una relación, de un ciclo, de una época, de un día, de un

año, de un segundo es eso, un final, como la muerte, que no promete nada.

Estamos en Fisterra, la punta más al oeste de España. Estamos frente al océano Atlántico un día de verano. La arena se llena de risas, de peregrinos que festejan. Llegan armónicas y guitarras, humo de todos los tabacos, olor de todas las bebidas. Banderas de pirata. Se terminó.

Obras citadas

- Carson, Anne. 2018 *Tipos de agua: El Camino de Santiago*. Barcelona: Vaso Roto Ediciones.
- Duras, Marguerite. 2009. *Escribir*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Garza Rivera, Cristina. 2017. *Había mucha neblina o humo o no sé qué*. Bogotá: Random House.
- Guerriero, Leila. *Zona de obras*. 2016. Bogotá: Crónicas Anagrama.
- Karolina Zygmunt. *La construcción de la experiencia del viaje en la escritura: figuras del escritor viajero contemporáneo. Kamchatka*. 10 de septiembre de 2013. <https://ojs.uv.es/index.php/kamchatka/article/view/3165/2876>.
- Le Breton, David. 2000. *Elogio del Caminar*. Editorial digital Titivillus. Versión ebook. Lispector, Clarice. 2020. *Agua viva*. Buenos Aires: Ediciones Corregidor.
- Miseres, Vanesa. 2017. *Mujeres en tránsito: viaje, identidad y escritura en Sudamérica (1830 – 1910)*. University of North Carolina at Chapel Hill department of romance studies.
- Pizarnik, Alejandra. 2020. *Prosa Completa*. Barcelona: Penguin Random House.
- Pratt, Mary Louise. 2010. *Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturización*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Saraceni, Gina. 2008. *Escribir hacia atrás: herencia, lengua, memoria*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo Editora.
- Thoreau, Henry David. 2019. *Caminar*. Buenos Aires: InterZona Editora.
- Tristán, Flora. 2022. *Peregrinaciones de una paria y otros textos recobrados*. Lima: Clacso.
- Villoro, Juan. 2006. *La crónica, ornitorrinco de la prosa*. La Nación. 22 de enero de 2006. <https://www.lanacion.com.ar/cultura/la-cronica-ornitorrinco-de-la-prosa- nid773985/>
- Wallace, David Foster. 2016. *Portátil*. Barcelona: Literatura Random House.